

La Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 17 DE ABRIL DE 1911

NÚM. 1.529

BARCELONA.—SALÓN DEL «FAYANS CATALÁ»

Hace pocos días el joven pintor José M.^a Llopis de Casades expuso en el salón del «Fayans Catalá» de esta ciudad una colección de unos veinte cuadros de diversos géneros, en todos los cuales se revelan excelentes cualidades artísticas. Así en los de asunto militar, que recuerdan los del malogrado Cusachs, como en los paisajes; lo mismo en las escenas ecuestres que en los interiores, se advierte que Llopis sabe ver el natural y no sólo verlo, sino sentirlo hondamente. Sus figuras tienen consistencia y vida; en sus jardines hay notas luminosas de admirable efecto y los dos interiores de iglesia que había en la exposición respiraban el apacible sosiego

de los sagrados lugares. Los lienzos de Llopis, correctamente dibujados, ofrecen como cualidad saliente la solidez del color, unas veces brillante, otras suave y siempre adecuado al asunto. El joven artista aprovecha todos los recursos que se le ofrecen para probar el dominio que posee del colorido y la variedad de tonos y matices que sabe obtener de su paleta, y así vemos que obtiene notables efectos lo mismo al chocar la luz en el casco de un soldado, que al reflejarse en los dorados de un altar, ó al difundirse en el ambiente de un campo florido.



DESCANSO EN LA MARCHA

cuadro al óleo de José María Llopis de Casades

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Trilogía*, por O. Cuartero. — *La Exposición de Roma*. — *El conflicto de la Champaña*. — *El conde de Tejada de Valdoviera*. — *D. Eduardo Vázquez*. — *El proceso Larcier* (novela ilustrada; continuación). — *Notas de actualidad extranjeras* — *París. Velada en honor del embajador de España*. — *Libros recibidos*. — *París. Concurso hípico*.

Grabados.—*Descanso en la marcha*, cuadro de José María Llopi. — Dibujos de Mas y Fondevila que ilustran el cuento *Trilogía*. — *Roma. Exposición Etnográfica y Regional* (cinco fotografías). — *El pabellón de Hungría*. — *Los reyes saliendo del pabellón de Austria*. — *Los príncipes herederos de Alemania y los reyes de Italia en el Arco de Tito y en las Termas de Diocleciano*. — *París. Exposición del Círculo de la Unión Artística* (dos láminas). — *El conflicto de la Champaña* (dos fotografías). — *D. Manuel Aguirre de Tejada*. — *El Excmo Sr. teniente general uruguayo D. Eduardo Vázquez*. — *El Sr. Briand en Mónaco*. — *Margarita Zoellner*. — *París. Los ediles belgas presenciando las maniobras de los bomberos*. — *Fiesta en honor del Sr. Pérez Caballero*. — *Coach del barón de Orosdy d'Orod*. — *Un tiro de siete percheros*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando en el campo aparece un enjambre de abejas, diríase que en aquel incidente está la cifra de lo importante y lo serio. El zumbido es tan intenso; el vuelo tan rumoroso; la impresión, en los que lo ven de cerca, tan viva, que, por algunos momentos, el enjambre, lo repito, absorbe toda la atención, como si de él dependiese cuanto existe. La granja, la choza, la quinta se conmueven; á veces, hasta de las aldeas circunvecinas llegan apurados, apremiantes avisos. «¡El enjambre! — ¡Ahí va el enjambre! — ¡Hay que recoger el enjambre! — ¡Quién se atreve? — ¡Que venga Fulano! — ¡Que se prepare Mengano! — ¡Toquen la esquila! — ¡Dispongan el colmenar!» Y se inicia el alboroto: gritos, carreras, heridas de un aguijón, un barullo infernal... Media hora después de recogido y captado el enjambre, el silencio, la gran paz del campo, reinan de nuevo; nadie se acuerda del incidente. ¿Qué por qué he recordado el enjambre? Por el debate Ferrer.

Si entráis en el Congreso, creyerais que lo sucedido está á la altura de los mayores acontecimientos de la historia: tal es el escandecimiento de los ánimos, tal el rebullicio, tal el rumorero. Algo de esta fermentación se extiende á la calle. No es que haya existido, á la hora en que esto escribo, nada que se parezca á motín; pero la gente va y viene, se agrupa, agitada, curiosa, hablando con animación, discutiendo, poniendo cátedra, impresionada aún por la lectura del último artículo de fondo del último diario, donde bebe opiniones. Este fenómeno se advierte más en las calles céntricas, señaladamente en la de San Jerónimo y Puerta del Sol. Al alejarse del centro, ya se habla poco del debate: predominan diálogos muy distintos: charlas de cocineras, de soldados, de artesanos, de carreteros que blasfeman, de chiquillería que comenta los episodios de una parodia de corrida. Y si saliésemos á las afueras..., ya casi nada escucharíamos de tal cuestión. Y calcúlese lo que sucederá si nos desviamos de Madrid, si entramos en la calma de la vida provincial y aldeana. Allí sólo llega el ruido del enjambre, porque hay periódicos que dan noticia de su paso.

Claro es que, en el debate, todo se reduce á política... Y si no, ¿quién atendería al zumbido del enjambre? Pero la política, que tiene el don de soliviantar, no tiene el de mantener vivo el recuerdo de sus mayores efervescencias. Lo único duradero, es el vivir diario, modesto, grave, laborioso, con su trama de intereses y afectos, con la realidad no amañada de su profundo interés individual y colectivo. Ésos que un momento se apasionan ante el debate, y disputan, acalorados, como si algo les fuese en ello, á la media hora han vuelto á preocuparse del destino que aguardan para comer, de la enfermedad del hijo, de la deuda apremiante, del empeño de amor propio, de los celos y sospechas que sienten en sus amoríos ó amores, y aun, más humildemente, más prosaicamente, de la partida de dominó en el café, ó del par de botas que salieron mal hechas...

No es que yo diga que á nadie le preocupen realmente los asuntos de carácter político. Preocupan, sí, cuando la importancia se la presta su propia índole. La invasión francesa, la guerra con los Estados Unidos, la caída de la dinastía en 1868 y otros sucesos que pudiéramos recordar, causaron honda emoción; ¿no habían de causarla? Pero cuando las cuestiones son amañadas, y como ahora se dice con poca precisión, tendenciosas, es natural que sea epidémica la impresión que produzcan. Impresión de enjambre que pasa, zumbador, apiñado, enconado para morder.

En lo político, lo que causa mayor depresión en mi ánimo, es la insinceridad. Nadie, en este género de debates, dice lo que siente, lo que ven sus ojos y

elabora, en secretas cámaras, su pensamiento. Se dice lo que exige la tesis, la estrategia del combate. Y quien creyese que sucedería lo contrario, que la verdad había de abrirse camino, pasaría, entre los avezados á tales lides, por inocente, cuando no por sandio de remate.

Recuerdo, hace muchos años, haber asistido á una discusión en las Cortes españolas. Han muerto ya los dos que la sostenían. Era, más que política, discusión personal, lucha entre hombres que se disputaban, en tal forma, el feudo de una provincia de España. Porque es de saber, y Costa lo dijo bastantes veces con elocuente energía, que cada provincia es feudo de alguien. Uno de aquellos hombres había impuesto á sus siervos de la gleba fuerte tributo en forma tal, que la ley parecía ampararle, aunque no le amparase ciertamente el derecho, y menos la honradez. El otro, el adversario, se apoyaba en ello para impugnarle y sacarle los colores á la cara. Sin género de duda, allí existía un acusado y un acusador. La acusación quedó probada sobradamente. El chanchullo, adoptemos este nombre, se mascaba, por decirlo así, en el ambiente caliginoso del Congreso. Pues bien: con asombro de lo inexperta que era yo entonces en tales espectáculos, al salir de allí averigüé que el vencido, era el acusador. En cuanto al acusado, la habilidad de su defensa le otorgaba la victoria, aunque nadie dudase de que la acusación quedaba en pie. Pero la acusación era lo de menos. Torneo de destreza, lanzas y cañas rotas, y la jornada, para quien mejor las juega.

Fué aquel debate de gran enseñanza para mí. Aprendí muchas cosas, al perder esa candidez que es acaso pura flor del espíritu. La esencia del parlamentarismo se me reveló, y de historia y de política, algunas luces claras me alumbraron. Averigüé que en estas cosas lo de menos es lo que se ve; que una trama interior sostiene la tela efímera, recamada de flores por la oratoria. Aquella generosa facultad de indignación, que vigoriza las virtudes de nuestra alma, fué desde entonces algo que supe guardar de burlas y de ironías, con otras ironías y otras risas, de las que el gran satírico español, Quevedo, nos enseñó á cultivar. Cada cual tiene que vivir dentro de la época en que fué enviado al mundo, y discernir, en ella, lo que puede combatirse y lo que no hay más remedio que sufrir aunque conozcamos su malicia dañosa. Y el parlamentarismo es del número de las instituciones que nadie respeta dentro de la conciencia, pero que todavía no ha madurado para caer.

Como la casa de los cuentos rusos, á la cual faltaban tres pies y que se sustentaba en el aire porque no sabía de qué lado tumbarse, el parlamentarismo, respecto al cual es muy unánime la opinión, el parlamentarismo, mentira convencional, vive y se sustenta en las naciones más cultas y civilizadas, y hasta forma la aspiración, el sueño ideal de las atrasadas que anhelan salir de su atraso, y no se sospecha cuándo ni cómo podrá reemplazarse este chirimbolo de gobierno por otro chirimbolo no menos socorrido y un poco más sincero y real.

Para entonces, ya figurarán en los Parlamentos las mujeres; porque uno de los convencionalismos parlamentarios y de los embustes pseudo-democráticos, es que las leyes, que han de acatar el hombre y la mujer, las haga sólo el hombre.

Hoy las mujeres no van al Parlamento sino en calidad de espectadoras. El espectáculo es, cuando se ha comprendido bien su íntima y enmarañada red psicológica, muy curioso. Si fuese posible abonarse á él como nos abonamos á un teatro, yo no perdería función. Lo malo es que las tribunas de una incomodidad que parece estudiada, hecha á propósito para que la gente se aleje, tienen que ser tomadas por asalto tres horas antes de que empiece la sesión, á poco que ésta revista algún interés. El día en que se va al Congreso, hay que renunciar á los demás deportes, asuntos y quehaceres. Hay que poseer una salud á prueba, además, para resistir cinco horas sentado sin moverse, en un ambiente viciado y sin ventilación, con los pies del que se sienta detrás amagando á vuestro espinazo, y pensados en todos sentidos por la concurrencia. El único oasis en el desierto de tanto hastío (porque además, ciertos días en que se aguardan emociones se convierten en días de fastidio, en sesiones huera) son los caramelitos que os envían. Tienen los caramelos la ventaja de romper, con pequeño y dulce incidente, la monotonía de una situación que no puede variar, pues no es posible ni salir al pasillo á estirarse las piernas y desentumecer los miembros, sin perder *ipso facto* el sitio ganado á tanta costa, conservado á precio de tiempo y voluntad.

Algunas personas salen de la curiosidad leyendo, al día siguiente, los discursos en el *Diario de Sesiones* ó en los periódicos que publican íntegros los más salientes. Yo no sé en qué consiste, pero no es lo mismo; muy lejos de eso, es otra cosa enteramente dis-

tinta. Hay algo en la elocuencia, que se enfría al pasar á la letra de molde. Acaso hay también correcciones, atenuaciones de las violencias de la palabra. Ello es que los discursos que me han dejado recuerdo, son los que he oído de viva voz.

Ninguna sesión de este debate Ferrer, tan resonante y que, en este momento, dista mucho de haber terminado, me ha sido posible presenciar. Otros asuntos, otros deberes me robaron el tiempo, durante esta primavera fría, triste, brumosa, que nos envuelve. Mi recurso ha sido, pues, leer. Y declaro que los discursos son un derroche de arte parlamentario. No de aquel arte que conocimos antaño y cuyo maestro insigne, indiscutible, fué Emilio Castelar. Todo evoluciona, y la oratoria parlamentaria lo mismo. Se acabaron las flores. Al grano, al grano político. Claro es que para ensalzar estos discursos yo hago abstracción completa de su tesis, porque al fin, todos tenemos nuestro criterio, pobre y pequeño y sin valor alguno, pero nuestro criterio, ¡qué demonio!, y no se puede estar de acuerdo con tirios y troyanos á la vez. Lo que alabo, es el arte.

Del fondo de la cuestión nada digo; y, que se me permita la inmodestia: no es que me falte qué decir; es quizás por lo contrario. El silencio unas veces responde á falta de recursos, otras á plétora de impresiones que exteriorizar. No soy la única que calla. ¡Cuántas personas lo hacen, llenas de ideas, llenas de voluntad! Callar es también una fuerza, y una opinión, y un ejercicio moral, y un recurso de buen género.

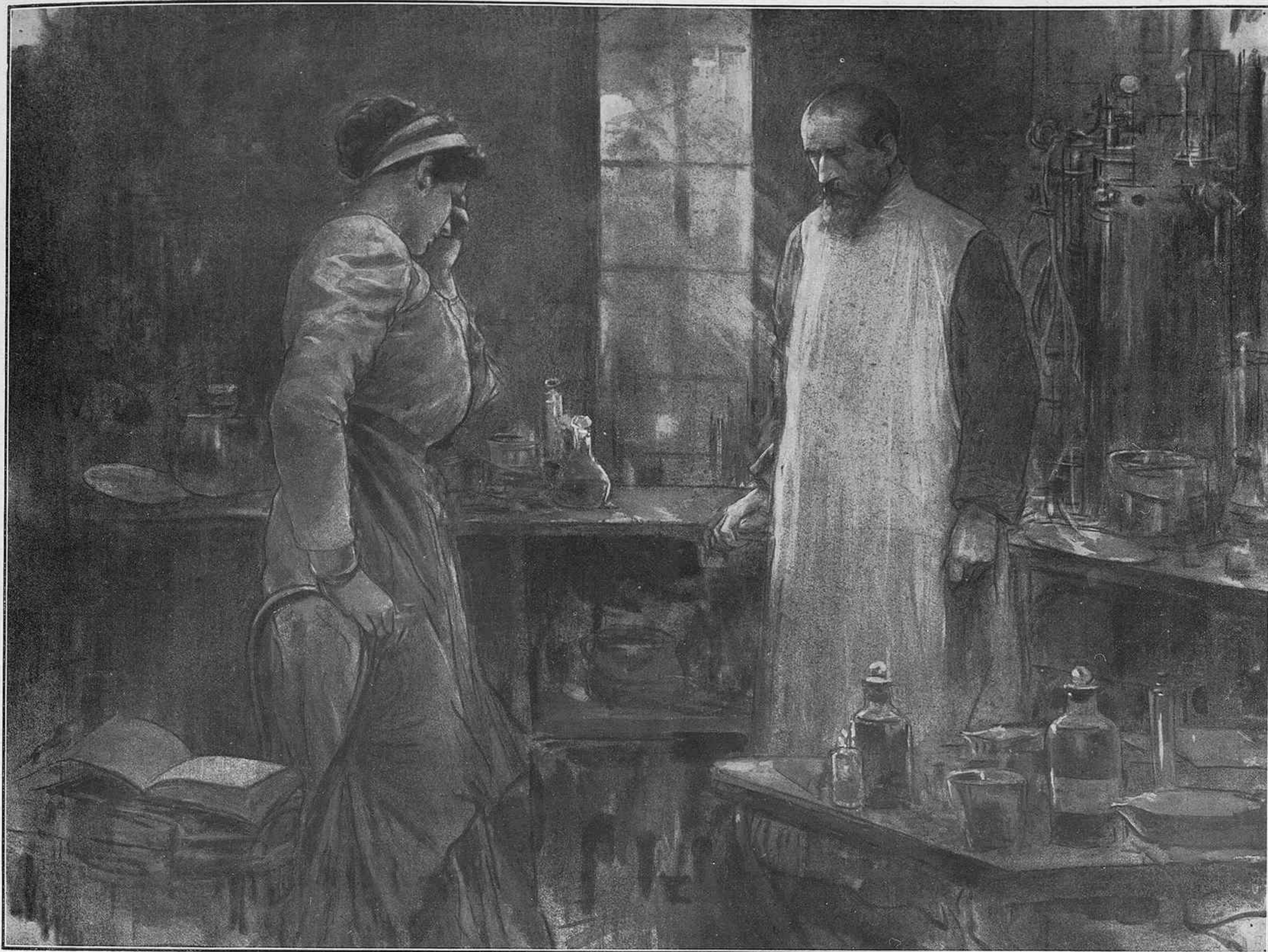
Y callar es una necesidad cuando las cuestiones, ó por mal planteadas desde un principio, ó por haber enturbiado su superficie la pasión, han llegado á presentarse en forma tal, que para ilustrarla habría que retroceder, rehacerlas por completo, y gastar, en esta labor, volúmenes en folio, y años de la vida. Esta tarea corresponde á la historia, y la historia no se escribe jamás á raíz de los sucesos. La historia, serena, firme, reconstruirá el período que atravesamos, y arrojará luz sobre los móviles de los hechos. Y será una ilusión, pero ilusión que á nadie daña: los que callamos, nos creemos ya historiadores por dentro, en la superioridad de nuestro juicio no viciado por parcialidad política alguna, y acaso consciente de los errores, las debilidades y las muy antiguas causas de las complicaciones y perturbaciones actuales.

Escondiendo la faz del historiador, mostramos la del espectador, un espectador que ha leído á Montaigne y á Maquiavelo, sin renunciar á leer también á otros autores, como Aristóteles, que tratan y discurren de política lo mismo que si estuviesen presenciando sucesos actuales, — porque ha de saberse que en materias políticas no es mucho lo que se adelanta, no habiendo variado, en lo esencial, los términos de la mayor parte de los problemas, y no pudiendo variar el corazón humano. — Un espectador que comprende muchas cosas: que el tiempo pasa; que las horas corren; que el arte es lo mejor, lo más raro, lo digno de culto; que nadie debe intervenir en nada si no ha de influir de una manera decisiva; que es deshonroso contarse entre la multitud, entre los ceros sumados á unidades; que quien no es unidad, es cero; y que hay algo de buen gusto, algo de elegancia, en las abstenciones, en las superioridades, en las tranquilidades despiertas, en el juzgar sin descomponerse. La historia es lo más apacible y lo más vigoroso.

Bueno. Sentémonos en una butaca. Abramos el *Diario de Sesiones*. La chimenea arde bien, y falta hace que arda, porque sin ir más lejos, anoche la temperatura era polar. Sobre la mesa, en un florero ligero de plata, hay un grupo de jacintos nacarados, que hablan de jardines, de auras tibias, de mariposas; pero desconfiemos de las sugerencias de los jacintos: más vale no salir: el Guadarrama nos envía su soplo cortante, asestando un dardo contra los pulmones. La estancia es silenciosa, espaciosa, entapizada, grave. Fuera, el rodar de los tranvías se atenúa, se espacia: va corriendo, lenta, la noche. Avanzamos en la lectura. Volvemos hojas. Los períodos indignados, los períodos intencionados, las inquietas interrupciones, los rumores, los aplausos, la intervención de los coros, mayoría, minoría... Poco á poco, entre el silencio y la quietud, con la fiebre de la lectura, la imaginación se excita. Aparece el telón de fondo, las escenas horribles: vuelvo á ver el magnífico cortejo nupcial, la pálida reina rubia, con el traje manchado de sangre, y sobre los tapices viejos, flamencos, una cortina de llamas oscila, unas turbas galopan, una escena macabra se dibuja, escena digna del Bosco: un hombre, titubeante, danza, y su pareja es un esqueleto con tocas y hábito... ¿Sueño? ¿Pesadilla? ¿Realidad? ¿Han sonado tiros? Me incorporo, bebo un sorbo de te, porque en la mesilla hierve la *bouilloire*... ¡Qué drama, el de la historia! El reloj ha dado la una. Es hora de acostarse.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

TRILOGIA.—EL GALLO. EL CISNE. LA LECHUZA, POR O. CUARTERO



Miró Eva á Crisanto con una mirada de piedad suprema, inclinó su frente sobre la mano y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas

EL GALLO.—LA CIENCIA

Eva era rubia; Crisanto moreno; nacieron en la misma calle; amáronse desde niños; los padres celebraron aquellos amores, y los vecinos de Aldea Real acudieron en masa á la iglesia el día de la boda.

Cuando los recién casados marcharon á la ciudad, quedó la Aldea sumida en la mayor tristeza.

Pocos meses después en el jardín de la casa de Eva habíanse agostado todas las plantas y no brotaba una flor; las jaulas quedaron sin pájaros, y sólo se oía cantar, en la puesta del sol, á un gallo que tenía las plumas negras, muy negras, y la cresta roja, muy roja.

La casa de Crisanto, cuyos padres murieron muy pronto, era, á los pocos años, guarida de ratas y alimañas, y la hierba trepaba por encima de puertas y ventanas, y en lo alto de la veleta todas las noches, en punto de las doce, silbaba una lechuza.

La luna de miel de Eva y Crisanto fué breve, no turbulenta y agitada, pero tampoco dulce y serena.

Eva se apercebía pronto de que tenía una rival terrible, poderosa, contra la cual nada podía intentar.

Eva ignoraba que todo lo femenino es enemigo de la mujer, y no se explicaba que por encima de su amor pusiera Crisanto el amor á la ciencia.

Crisanto era un hombre insaciable para el estudio; las horas del día, todas juntas, le parecían pocas para trabajar; el libro y el laboratorio ocupaban la actividad de aquel sabio, poseído de un afán de investigación por nadie superado.

Eva, en una ocasión y en términos discretos, se lamentó de su soledad, y Crisanto le dijo:

—Mira, no te ocupes en mí; entra, sal, pasea, visita, haz lo que quieras; yo deseo que vivas feliz y encantada como viven las demás mujeres que disfrutan de mil maneras, sin ocuparse en lo que hacen sus maridos.

—Pero, Crisanto, repuso Eva, tú no sabes lo que dices; si yo me casé y abandoné á mis padres fué para no separarme de mi marido.

—Bueno ¿y qué? ¿No vives conmigo?, añadió Crisanto; ¿no me tienes siempre en casa, respiras el aire que yo respiro, nos vemos sin cesar? Yo apenas salgo; jamás se me encuentra fuera de mi gabinete; ¿qué más quieres? Comprende que yo ejerzo una profesión; una profesión es un sacerdocio; mis deberes profesionales son antes que todo; tú, que me quieres tanto, no puedes, no debes opinar de otra manera, y serías la primera en lamentar que decayese mi prestigio, y para mantenerlo y agrandarlo hay que estudiar y no abandonarse, no dormirse en los laureles. Además de esto, tú eres la obligada á llamarme al orden si observas en mí pereza ó desaliento. Mira, traigo entre manos un empeño monstruo; no puedes adivinarlo. Si lo realizo, pondré tu nombre á mi invención; así uniré los dos amores de mi vida: el amor á la ciencia y el amor á mi Eva. Y—ahora caigo—¿qué cosa más original! Tú llevas el nombre de la madre de la humanidad, y yo sueño con inventar una nueva madre para el hombre. Si la encuentro la llamaré Eva impecable, para distinguirla de Eva pecadora, madre de nuestra humanidad impura.

¿Qué espanto, qué miedo, qué temor se apoderó del ánimo de Eva!

—¿Estará loco?, se dijo. Que busca una nueva madre para el hombre; ¿qué madre será ésa? ¡Eva impecable!.. ¡Y yo que creía que su adoración en mí, que sus amores, que sus ilusiones no se sentían colmadas hasta que en mí no conociera á la madre de sus hijos!..

Y Eva rompió á llorar con un desconsuelo tan grande, con un dolor tan hondo, con un llanto tan amargo, que no lo sería mayor, si lo fué tanto, el de la mujer de Adán cuando Dios los lanzó del Paraíso.

—¡Es inconcebible...! está loco!, repetía la infeliz.

Y en un arranque de mujer ultrajada en su dignidad de esposa y humillada en sus ansias de maternidad acariciadas con la pureza y honestidad de un amor angelical, gritó: «¡Crisanto! ¡Crisanto!»

Y cuando éste acudió á los gritos de su mujer, ya la encontró caída en el suelo, víctima de una tremenda crisis nerviosa. Eva recobró la tranquilidad y, á la vez que dirigía á su marido una mirada de ternura infinita, le dijo:

—¿No merezco yo ser la madre de tus hijos? ¿De tu amor y del mío, no querrá Dios concedernos hijos más hermosos que los de ese laboratorio sombrío que me ha robado tu cariño?

La elocuencia de aquel amor tan grande no hirió el corazón del sabio: la ciencia no tiene corazón; tras de una fórmula algebraica ó un análisis químico estará la verdad, pero no el amor.

Volvamos al cuento.

Aquel Crisanto, hombre vulgar como todos los sabios en materias de amor, dijo á Eva cuatro tonterías y una vez que la creyó tranquila, se marchó tan paguato al laboratorio.

Eva estuvo aún mucho tiempo sentada en el suelo; luego irguióse, y, sin saber lo que hacía, guiada por la necesidad de refrescar sus pulmones, se acercó á una ventana grande que daba al jardín de la casa, la abrió de par en par y se reclinó sobre el antepecho.

Atardecía.

Oleadas de vida sacudían las plantas y los árboles, mecidos por un viento suave, dulce, tibio.

La savia en toda su pujanza se abría camino por troncos y ramas, se la veía correr á través de la corteza de los árboles como la sangre por nuestras venas, é impregnaba el ambiente con el aroma penetrante y adormecedor que despedía el ámbar mezclado con rocío recogido en el cáliz de mirtos y azucenas que bebían los Faunos para celebrar las horas misteriosas de la Noche.

Eva sintió de nuevo que la invadía una angustia suprema y que se apoderaban de su alma nuevas ansias amorosas; y levantó los ojos al cielo y vió brillar más refulgente que nunca á Venus sideral, y á la Luna más pálida que de ordinario, y pensó que en Venus tiene el Amor su templo y en la Luna tiene su alcázar la Muerte.

En lo más alto de un chopo cantaba el ruiseñor á su compañera que tenía el nido en las ramas bajas del árbol.

—También son las aves más felices, murmuraba Eva: ella se dormirá arrullada por las dulces endechas de su amante soñando en los hijuelos que empollará en su nido; el ruiseñor no piensa, ama; no estudia, canta. ¡Qué ventura!

Sonó el Angelus, y Eva santiguóse y comenzó las oraciones, y el siguiente dúo inesperado entre ella y su marido:

EVA.—El Angel del Señor anunció á María que concibió por obra y gracia del Espíritu Santo. Dios te salve María...

CRISANTO (*desde el laboratorio*).—Fuego, más fuego en esa retorta.

(*Una visión negra y roja cruzó por delante de Eva.*)

EVA.—He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Dios te salve María...

CRISANTO.—Pronto, á la cámara obscura la placa de gelatina...

(*Eva sintió en el pecho un nudo que la ahogaba.*)

EVA.—Y el Verbo encarnó y se hizo hombre y habitó entre nosotros. Dios te salve María...

CRISANTO (*á voces*).—El hombre hará al hombre que será inmortal porque dejará de ser hijo de mujer y siervo de Venus.

(*Eva, que después de las oraciones rezaba la letanía, coincidió con su marido en un nuevo diálogo.*)

EVA.—Máter immaculata...

CRISANTO.—La maternidad será una función vulgar.

EVA.—Máter admirabilis...

CRISANTO.—No habrá herencias malditas, ni castas, porque todos tendrán el mismo molde.

EVA.—Vas insigne devotionis...

En aquella hora misma, y por última vez, cantó en el corral de la casa de Eva, en su pueblo, aquel gallo que tenía las plumas negras, muy negras, y la cresta roja, muy roja.

Y aquella noche, la lechuza que silbaba en punto de las doce sobre la veleta de la casa de los padres de Crisanto, olió la carne muerta, bajó al corral vecino y desgarró las entrañas del gallo para chupar su sangre.

EL CISNE.—EL MITO

Llovía y granizaba á un tiempo: truenos ensordecedores hacían retemblar las paredes del laboratorio: Eva y Crisanto parecían dos sombras fantásticas cuando el fulgor de los relámpagos iluminaba aquella estancia obscura.

Estaban sentados frente á frente cada cual á un extremo de la habitación: Eva, pálida, muy pálida; Crisanto, con el rostro amoratado, como si tuviera agolpada la sangre en la cabeza, y con los ojos brillantes como si los encendiera la fiebre. La atmósfera del laboratorio era irrespirable; ardían todas las hornillas, y algunas linternas, con cristales ahumados, extendían sobre las mesas de trabajo un breve círculo de luz agobiadora y tristonera.

—Continúa, dijo Crisanto á Eva.

Y ésta leyó, en alta voz, el siguiente resumen de un informe académico:

«Cuando se enfrió la tierra y se condensó el vapor de agua de la atmósfera, y nacieron los mares, una temperatura propicia de las aguas favoreció la aparición de la primera célula que llevaba en sí el germen de la vida animal. Desde lo más rudimentario á lo más complejo en la arquitectura animal, la base de todo es la célula.

»Las células de todos los seres están bañadas por un líquido equivalente al agua de mar. El glóbulo blanco de la sangre, que es muy delicado, perece si se le coloca en agua dulce y prospera en agua de mar.

»Las sales del plasma sanguíneo del hombre son exactamente las del agua del mar y como en ésta se hallan en el mismo grado de importancia en los tejidos de los animales el cloro, el sodio, el potasio, el calcio, el magnesio, el azufre, el silicio, el carbono, el fósforo, el hierro, el azoe, el iodo, el cobre, el plomo, el cinc, la plata, el arsénico, etc., etc.

»Los vertebrados terrestres revelan una saladura de siete gramos y los mares originales no tuvieron más de ocho ó nueve gramos por litro.»

—No sigas, dijo Crisanto. La Mitología es algo

muy fundamental: la Mitología no es un estudio de mero entretenimiento; no es una amenidad inventada para divertir el ánimo de gente superficial, sino cifra misteriosa de símbolos sublimes que imaginaron los primeros superhombres, avaros de su ciencia y del brillante resultado de sus indagaciones para sustraer del conocimiento del vulgo los secretos más interesantes de la vida, la esencia de las cosas. Ducños, ellos solos, de tanta maravilla como la ciencia guarda, eran en su tiempo un poder, una casta, una jerarquía entre los hombres y los dioses. Estoy á punto de creer que mi pensamiento fué conocido por aquellos hombres, y si no realizaron mi invención debióse á que la industria no les brindó con los elementos auxiliares que ahora ofrece á la ciencia. Si la industria y la química fueran entonces lo que hoy, el huevo de Leda tal vez no fuera un mito, sería la realidad. ¿Tú no conoces ese mito?

—Ni ése, ni ninguno, respondió Eva con sencillez encantadora.

—Leda, continuó Crisanto, casó con Tíndaro, rey de Esparta. Para el superhombre de entonces, mujer é infidelidad eran una misma cosa. Leda compartió le noche de sus bodas con Tíndaro y Júpiter, que para enamorar á Leda tomó la figura del Cisne. Resultado de estos amores fué un huevo que puso Leda y del cual, pasados nueve meses, salieron dos gemelos: Cástor y Pólux. Cástor, hijo de Tíndaro, hijo del hombre, fué mortal; inmortal Pólux, hijo de Júpiter. El hijo del hombre morirá, porque es hijo del amor con la mujer; el hijo de la ciencia es inmortal, porque la ciencia es Dios: en esto va más allá que mi tesis, aunque sea su lógico complemento. Leda es como el ave que, en las tradiciones de origen ario, pone los huevos de oro. En la Mitología india el huevo de oro, que flota sobre las aguas, es el Sol naciente, la primera célula; el Sol, para nosotros los pobladores de la tierra, es la fuente de la vida, toda la vida. En la cosmogonía de los órficos, la Noche, de negras alas, fué fecundada por el Viento, y puso un huevo del cual salió con alas de oro Heros, dios de la luz y de la vida. La mujer es la personificación de la Noche, todo misterio, obscuridad, peligros; sólo un Dios puede hacer que la Noche sea fecunda para la luz y la vida. La Ciencia, como Dios, como la Idea, es luz y es vida; mientras que la Ciencia no sea la madre del hombre, el hombre será mortal. La tradición mosaica está truncada y ayuda á conocerla la Mitología. Adán no cayó por la tentación de probar el fruto prohibido; cayó, en el sueño de su flaqueza, en el momento que su carne se prestó á ser carne de la mujer. El acto de Eva cogiendo la fruta prohibida alude á la propensión de la mujer á la infidelidad; y la anuencia de Eva con la serpiente prueba la disposición de la curiosidad sensual femenina; y como ambas flaquezas componen la substancia del amor humano, el producto engendrado es el hombre, enemigo del hombre: la leyenda de Caín y Abel. Es necesario restituir al hombre su carne; hay que sacar al hombre de la primera célula.

—¿Para aniquilar á la mujer?, se atrevió á decir Eva.

—No, repuso Crisanto; para redimirla y redimir á la humanidad.

Miró Eva á Crisanto con una mirada de piedad suprema, inclinó su frente sobre la mano y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Había cesado la tempestad; no ardían ya las hornillas; un aire frío y húmedo se colaba por las rendijas de puertas y cristales y, á través de éstas, un rayo de luna que caía sobre la frente de Crisanto dábale un aspecto cadavérico.

Eva sintió estremecerse todo su cuerpo y brotar en el fondo de su alma un raudal de ternura para el hombre cuya faz surcada por arrugas precoces y cubierta de luenga y blanca barba, apenas si recordaba algo de la fisonomía de aquel mozo á quien oyó las primeras frases de amor.

LA LECHUZA.—LA POESÍA

—No te apures, ni aflijas, dijo Eva á Crisanto, apenas escribanos y alguaciles habían salido de la casa donde embargaron cuanto hallaron á mano: joyas, muebles y aparatos del laboratorio. Aun tenemos nuestras haciendas de Aldea Real: aun podemos vivir allí. Laboratorio por laboratorio, supongo que será igual tenerlo en una que en otra parte. Además, ¿para qué vivir en la capital si tú no ejerces la profesión ni sales del gabinete?

Esa fué la ruina de Crisanto: renunció á su cátedra; abandonó su clientela; dejó de ganar; usó del crédito y sin darse cuenta, cuando más entusiasmado se hallaba en el laboratorio, asomó el alguacil con el mandamiento de embargo, ni más ni menos que apareció el ventero para despertar á Don Quijote de sus sueños homéricos y pedirle el importe de los pe-

llejos de vino que, en desaforada y descomunal batalla, el héroe manchego había acuchillado como si fueran gigantes.

Restituyóse el matrimonio á Aldea Real, y allí el principal empeño de Eva fué que la creyeran satisfecha del amor de su marido y que éste recibiera de todo el mundo las mayores muestras de respeto.

Todo salió como deseaba la santa mujer, y ella misma negoció la venta de una tierra para preparar á Crisanto un laboratorio nuevo con todos los instrumentos y aparatos necesarios.

Una tarde hermosa del mes de mayo, á la puesta de sol, regresaban Eva y Crisanto de dar posesión de la finca vendida á su comprador.

Volvían solos, marido y mujer, ribera abajo de Arroyo Amargo. Eva quiso descansar unos momentos y sentáronse bajo de un nogal muy grande, allí mismo donde la víspera de marchar Crisanto la primera vez á estudiar á Madrid declaró su amor á la que había de ser luego su apasionada esposa. En medio de un cielo muy azul, muy limpio, sin nubes ni ráfagas, asomó el disco de la luna en creciente y brilló Venus más radiante que nunca.

Un ruiseñor cantaba en lo más alto de un chopo á la compañera que anidaba en el tronco del árbol.

El aroma de lirios y azucenas, rosas y jazmines, mayos y madrevelas, se mezclaba al olor que esparcía la savia tan recio y penetrante que no parecía sino que en la atmósfera cuajaban los gérmenes de todas las plantas; y cuando viento suave sacudía las cimas aun verdes y los trigos en flor, oleadas de vida llegaban hasta el fondo de los pulmones y caldeaban la sangre con el tibio calor de esas voluptuosidades misteriosas que hacen las ansias más dulces, el anhelo más sublime y el yugo del amor más apetecible. La luna daba sobre la faz hermosa de Eva que, abrazándose la rodilla derecha con ambas manos cruzadas, y echada hacia atrás la cabeza, miraba con mirada soñadora al cielo, como si en él buscara el camino por donde había de venir el mensajero de una ventura esperada siempre y que tardaba en llegar.

Crisanto, por un movimiento involuntario fijó la mirada en su mujer, y sintió de súbito una sacudida violenta en sus nervios, y un copioso sudor frío por todo su cuerpo. Eva estaba fascinadora; parecía una imagen en quien inspirado artista había acertado á expresar en todas las gracias del cuerpo todas las virtudes del alma. En la suya sintió Crisanto rasgarse una nube y tras de ella surgir una luz: la memoria. La memoria de tiempos, de lugares, de personas totalmente olvidadas muchos años antes. Cerró los ojos y continuó viendo el mismo lugar en que estaban; á Eva sentada allí como acababa de verla y luego más joven y casi niña, enamorada, llorosa porque él iba á partir.

Apretó aún más los ojos y siguió viendo á Eva que lo esperaba el día en que él regresaba de recibir sus grados académicos; y recordó los primeros versos que le hizo, y el ramo de violetas donde los escondió para entregárselos. Y recordó que su pobre madre cuando llegó á enterarse de los amores con Eva le dijo:

«Quiérela mucho que es muy buena.» Turbó estas memorias de Crisanto el cimborillo del próximo santuario de la Virgen que tocó á la oración de la tarde, y luego oyó que Eva decía:

—El Angel del Señor anunció que concebiría por obra y gracia del Espíritu Santo. Dios te salve María...

Crisanto se descubrió, inclinó la cabeza y murmuró el Santa María.

—He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Dios te salve María...

Crisanto se puso de rodillas, murmuró el Santa María, é inclinó tanto la frente que llegó á besar los pies de Eva.

—Y el Verbo encarnó y se hizo hombre y habitó entre nosotros. Dios te salve María...

Y Crisanto concluyó el rezo y después que Eva se hubo santiguado, se acercó á ella, cogió con ambas manos su cabeza y la besó en medio de la frente.

Confundiéronse las lágrimas de marido y mujer, y fueron á caer juntas en el cáliz de un lirio y de una azucena.

—¿Sufres mucho?, preguntó Eva á Crisanto.

—No, dijo éste. Comienzo á ser feliz, porque comienzo á amar.

—¡Dios nos bendice!, exclamó ella.

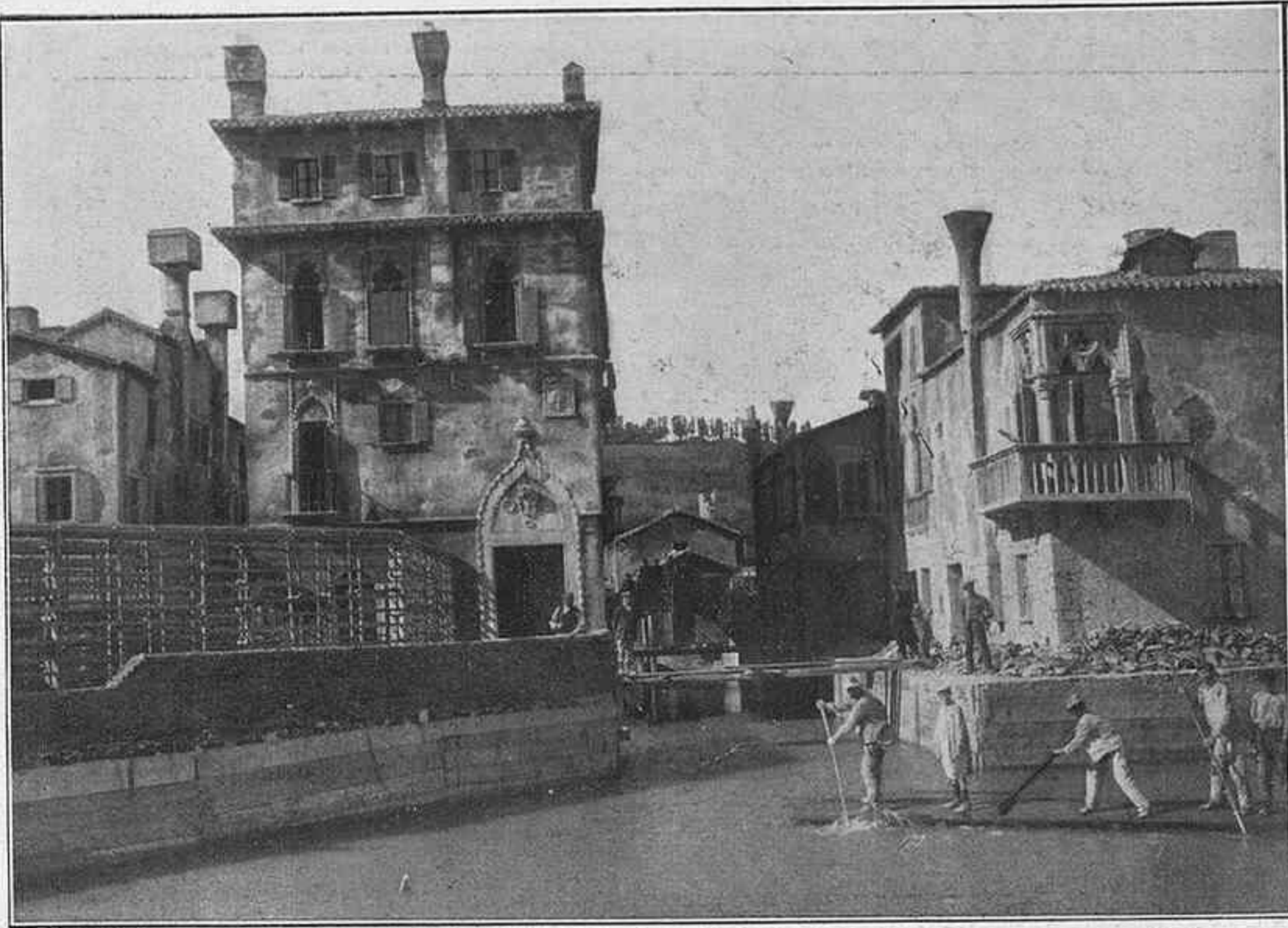
—Nos bendice y me salva, repuso él; me devuelve la vista para que vea cómo de nuevo el amor pone su planta en la cabeza de la serpiente.

Aquella noche prendió fuego Crisanto con sus folletos y papeles al laboratorio, y entre las llamas del incendio quedó sepultada la lechuza que en punto de las doce silbaba todas las noches encima de la veleta de la casa.

(Dibujos de Mas y Fondevila)



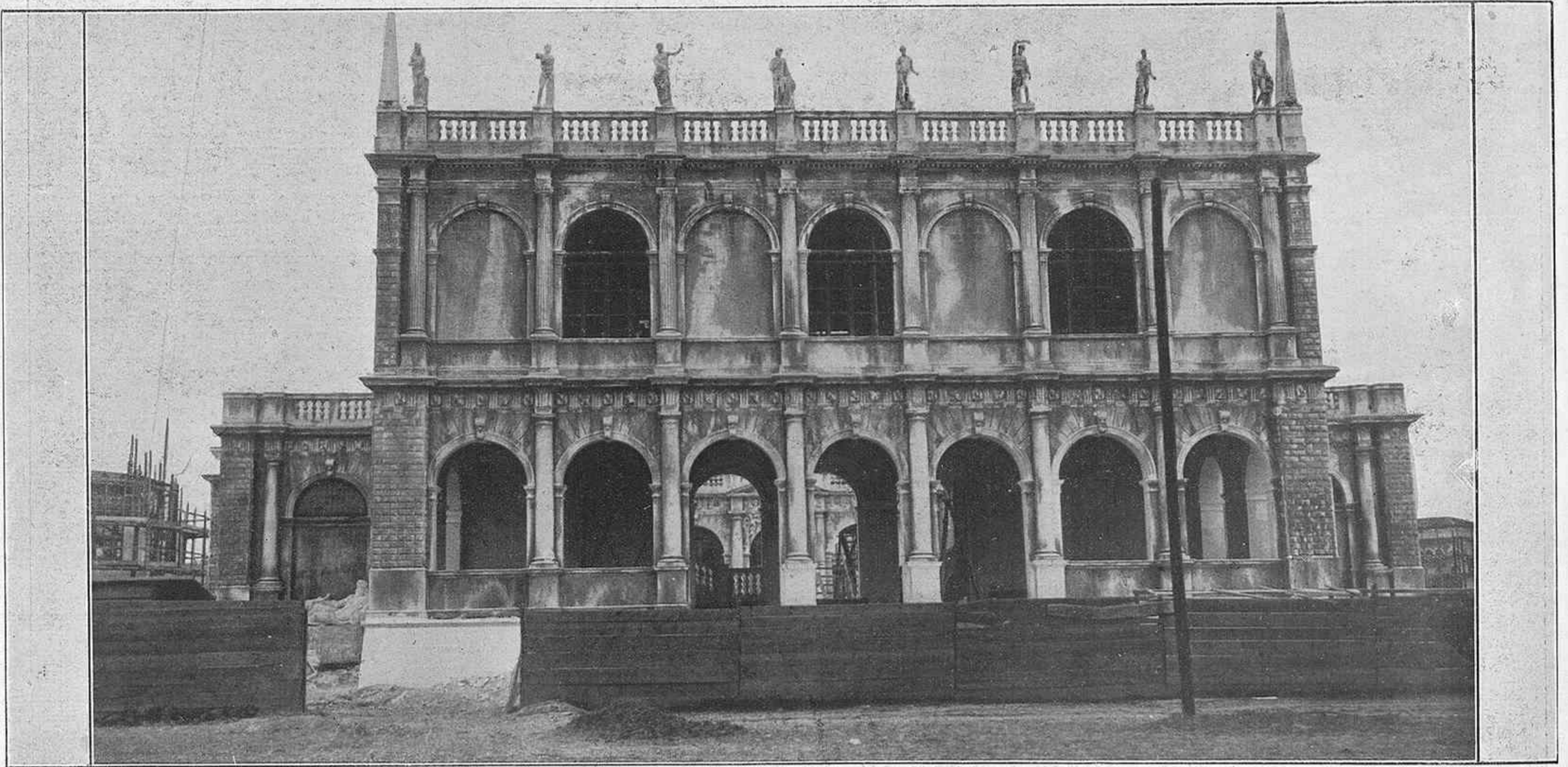
Y Crisanto concluyó el rezo y después que Eva se hubo santiguado, se acercó á ella, cogió con ambas manos su cabeza y la besó en medio de la frente. (Véase el artículo de la página anterior.)



Sección veneciana



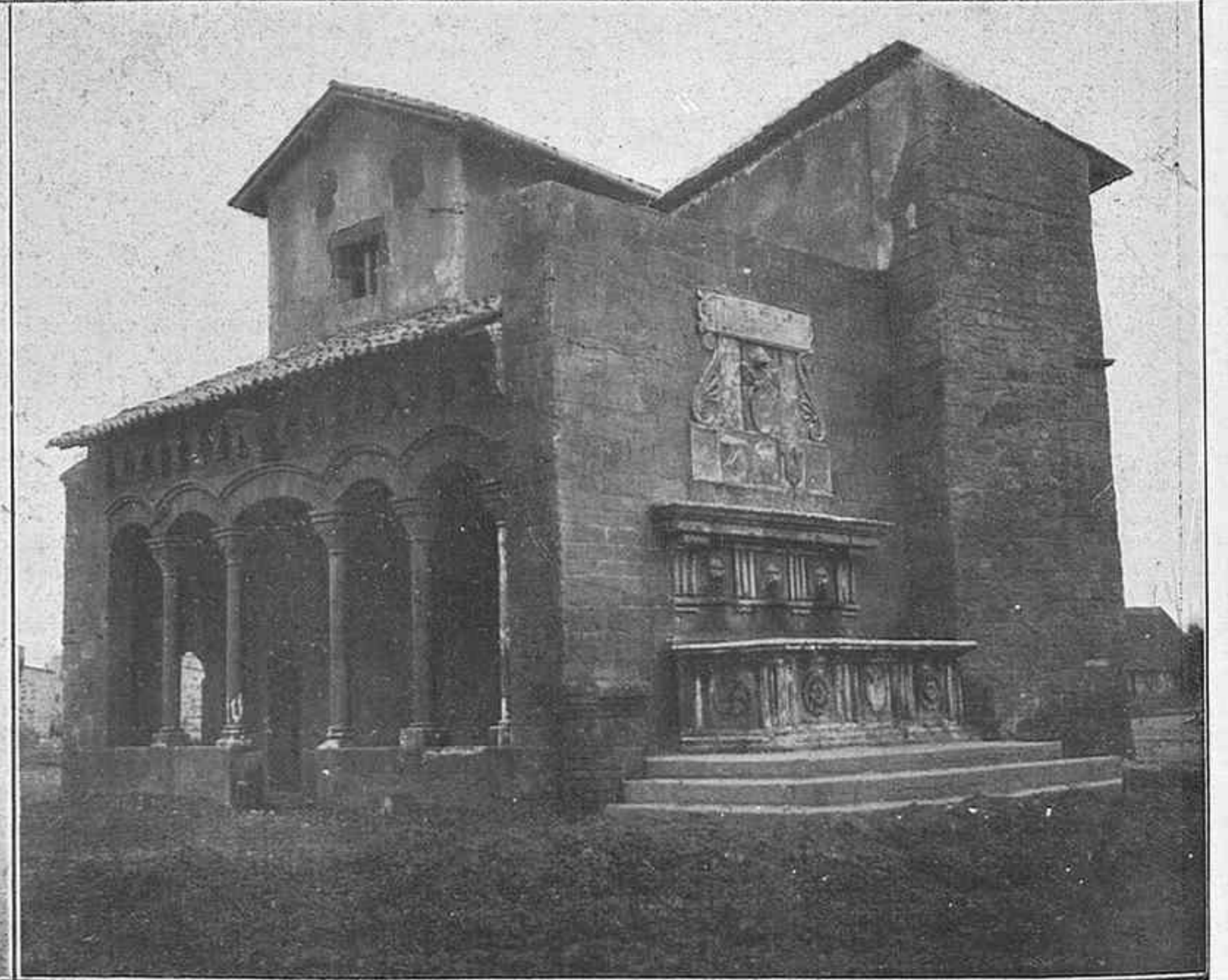
Sección de Viterbo



Sección de Venecia.—Las Procuracias



Sección de Toscana



Sección de Asis



Roma. Exposición Internacional de Bellas Artes.—El pabellón de Hungría

LA EXPOSICIÓN DE ROMA

A la inauguración general de la Exposición de Roma, suceden casi diariamente las inauguraciones parciales de las varias secciones en que se halla dividida y de los pabellones extranjeros que constituyen la internacional de Arte Moderno. En el número último dimos cuenta de las inauguraciones de la Exposición de Arte Retrospectivo y del pabellón francés; posteriormente se han efectuado las de los pabellones húngaro, austriaco y alemán y de la Exposición Arqueológica.

El pabellón húngaro es un edificio en extremo original y de carácter decorativo, sobrio y altamente simpático, en el que llama principalmente la atención un friso de mosaico que corre por todo el exterior y se continúa en el interior. El de

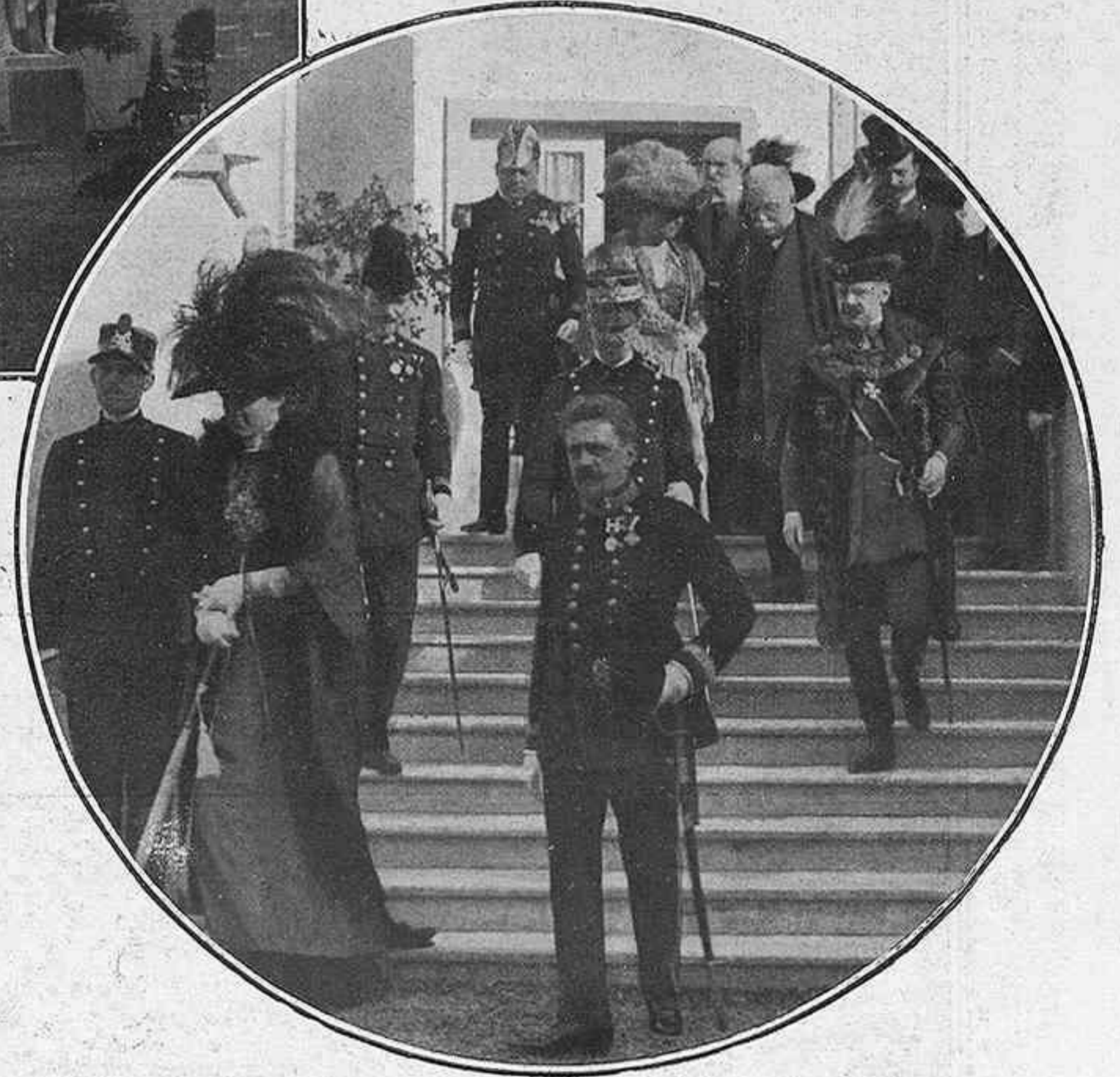
ción Etnográfica y Regional que se inaugurará el día 21 y que será indudablemente uno de los espectáculos más interesantes que Roma ofrecerá á los que visiten su grandioso certamen. Cada región de Italia ha reproducido en ella su monumento más notable ó más típico, y de la propiedad con que se han realizado esas reproducciones puede formarse perfecta idea por los grabados que en la anterior página publicamos.

Como antes decimos, se ha inaugurado últimamente la Exposición Arqueológica instalada en las Termas de Diocleciano, habiendo presidido dicho acto los reyes de Italia y los príncipes herederos de Alemania, que han permanecido unos días en Roma á su regreso del largo viaje á Oriente.

Quando se decidió efectuar esta exposición y se escogió para ella el famoso monumento de las Termas, éstas hallábanse invadidas por multitud de almacenes, posadas, tabernas, carbonerías, etc.; pues bien, todos estos aditamentos indignos han desaparecido y hoy aquellas amplias salas y aquellas colosales bóvedas aparecen en toda su gran-

ñosa majestad, albergando una de las exhibiciones más curiosas que puedan imaginarse.

En ella se han reunido recuerdos de la dominación romana en las antiguas provincias del Imperio, para lo cual se han recogido en cada provincia de Europa, Asia y Africa, es decir, en todo el mundo que los romanos conocieron, en cada uno de los lugares en donde las águilas imperiales se posaron, aquellos monumentos arquitectónicos, escultóricos, pintados ó escritos que más llevan impresa la huella del genio romano y que mejor prueban el vigor de la civilización que éste difundió por todo el mundo. Estos monumentos han sido ejecutados en calcos ó dibujos hechos expresamente por arqueólogos ó artistas, mereciendo ser citados entre los más importantes: una estatua de Marco Aurelio procedente del Museo de Alejandría; el capitolio de la antigua Tugga; una reproducción arquitectónica de la ciudad de Timgad; varias estatuas sagradas en bronce, de Suiza; una estatua de mármol de un rajah indio, del siglo II, modelada por un artista romano, de Inglaterra; varias tumbas de soldados muertos en



Los reyes de Italia saliendo del pabellón de Austria después de la inauguración de éste. (Fotografías de C. Abeniacar.)



Roma.—Los príncipes herederos de Alemania acompañados de los reyes de Italia en el Arco de Tito

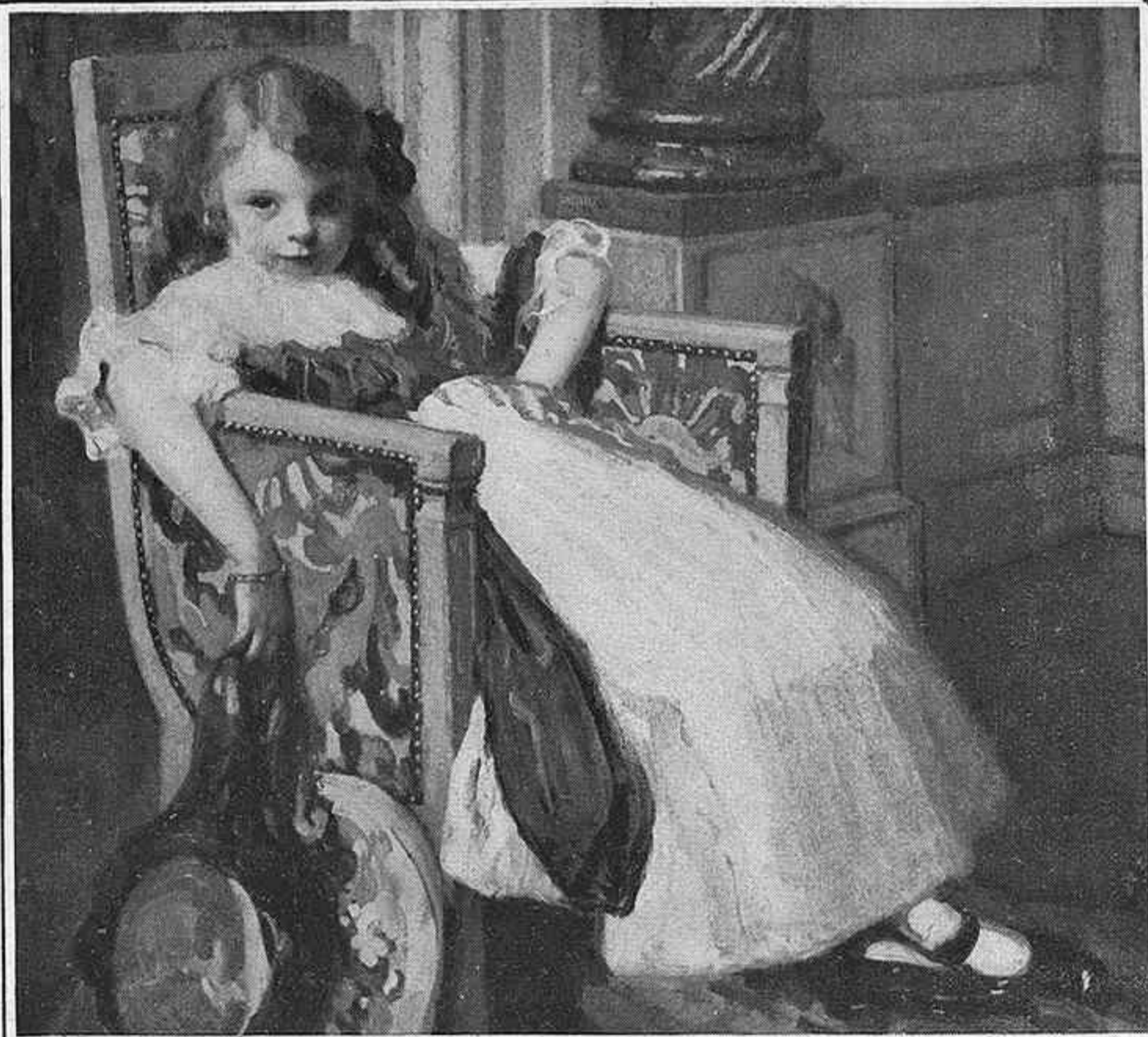
Austria es una construcción esbelta y tiene en su interior un espacioso y elegante vestíbulo con pavimento de mármol y adornado con plantas y esculturas. El alemán lo describimos ya en el número anterior.

A todas estas inauguraciones han asistido los reyes de Italia. En la Plaza de Armas activáanse los trabajos para terminar la Exposi-



Los príncipes herederos de Alemania y los reyes de Italia en la inauguración de la Exposición Arqueológica en las Termas de Diocleciano. (Fotografías de Trampus.)

PARÍS.—EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE LA UNIÓN ARTÍSTICA



Retrato de niño, por Guirand de Scevola

El pintor ha puesto todo su gusto decorativo y toda la gracia de su sentimiento en este retrato de niño, de expresión admirable y de colorido armonioso

La exposición del Círculo de la Unión Artística, más familiarmente conocido por el nombre de *L'Épatant*, ha sido el acontecimiento artístico de París en el mes de marzo último.

Conforme á una tradición fielmente observada, es esta una exposición principalmente de retratos, entre los cuales merecen citarse de un modo especial los de Bonnat que, como de costumbre, expone hermosas obras; los de Chabás, cuadros luminosos y de un sentimiento exquisito; el de la señorita F., por Ablett, que es una delicada nota gris y rosa; el de Baugnies, elegante grupo de una madre con sus dos hijos; y el admirable niño de Guirand de Scevola, que con los de Ablett y Chabás reproducimos en esta página.



Retrato de la señorita F., por Ablett

Los retratos femeninos de Ablett se caracterizan por la distinción, la amplia pincelada y el color fresco y sobrio de la pintura inglesa



Retrato de la señora de Aston Knight, por P. Chabás

Es este un delicioso retrato de mujer pintado con esa gracia expresiva y vigorosa y esa brillantez de color que distingue todas las obras de Chabás

PARÍS.—EXPOSICIONES VARIAS



Pensativa, por Fornerod



Baile de trajes, por R. Woog



Retrato de niña,
por P. Chabás



Retrato de la señora de R., por Federico Lauth



Retrato de la señora E. L., por Julio Cayrón



EL CONFLICTO DE LA CHAMPAÑA

Desde que un decreto de 17 de diciembre de 1908 las excluyó de la Champaña, las comarcas vitícolas del Aube, de Sena y Marne y del Alto Marne han venido protestando de aquella disposición que, privándolas del derecho de dar á sus vinos la denominación de champaña les ha causado grandísimos perjuicios, pues con ello no sólo se ha rebajado el valor de sus caldos, sino que, además, se les ha privado de venderlos á los fa-

La manifestación de Troyes fué realmente imponente, habiendo tomado parte en ella diez mil personas, hombres, mujeres y niños, procedentes de todas las localidades vecinas que desfilaron ordenadamente por las calles de la capital del Aube llevando multitud de banderas y carteles con inscripciones alusivas y á los acordes de la *Internacional*, ejecutada por innumerables charangas de los respectivos pueblos.



El conflicto de la Champaña.—Los viñadores de Bar-sur-Aube dirigiéndose á Troyes para tomar parte en la gran manifestación de protesta contra el decreto de delimitación de la Champaña

bricantes del Marne, que antes los adquirían, bajo pena de ser considerada tal venta como un fraude.

A fuerza de reclamaciones han conseguido que el Parlamento se ocupara del asunto, en el sentido de aprobar una ley que reintegrara aquellas comarcas suprimiendo la delimitación que estiman injusta desde el punto de vista económico y contraria por añadidura á las leyes de la historia. Pero, según parece, la Cámara francesa va dando largas al asunto, primero, enviando

Al llegar á la plaza del 14 de Julio subieron á una tribuna el Sr. Lemblin, alcalde de Troyes y los senadores y diputados por el Aube que habían ido á la cabeza de la manifestación. El Sr. Lemblin arengó á la multitud pronunciando un discurso en el que, entre otras, dijo lo siguiente; que resume perfectamente los móviles del movimiento actual.

«En presencia de esta manifestación grandiosa, ante este magnífico arranque de solidaridad, comprenderá el gobierno que es todo el departamento del Aube el que reclama su reintegración, sin restricción alguna, en la Champaña vinícola, y comprenderá que su deber es apoyar nuestras reivindicaciones legítimas en el Parlamento y hacerlas triunfar. Y que otro departamento no nos diga que le hacemos sombra, porque sus intereses son idénticos á los nuestros; y si ha podido olvidar esto, le recordaremos la divisa republicana de la fraternidad. Sería consagrar una gran injusticia el perseverar en el mal camino que se ha seguido y que no tendría otro resultado que permitir á los del Marne amontonar millones sobre millones en detrimento de sus hermanos; los del Aube. El mismo motivo que enriquecería á los unos arrojaría á los otros á la más negra miseria. Hemos de recordar á los marnenses que por encima del egoísmo comercial está la ley natural de humanidad que concede á todos el derecho á vivir de su trabajo.»

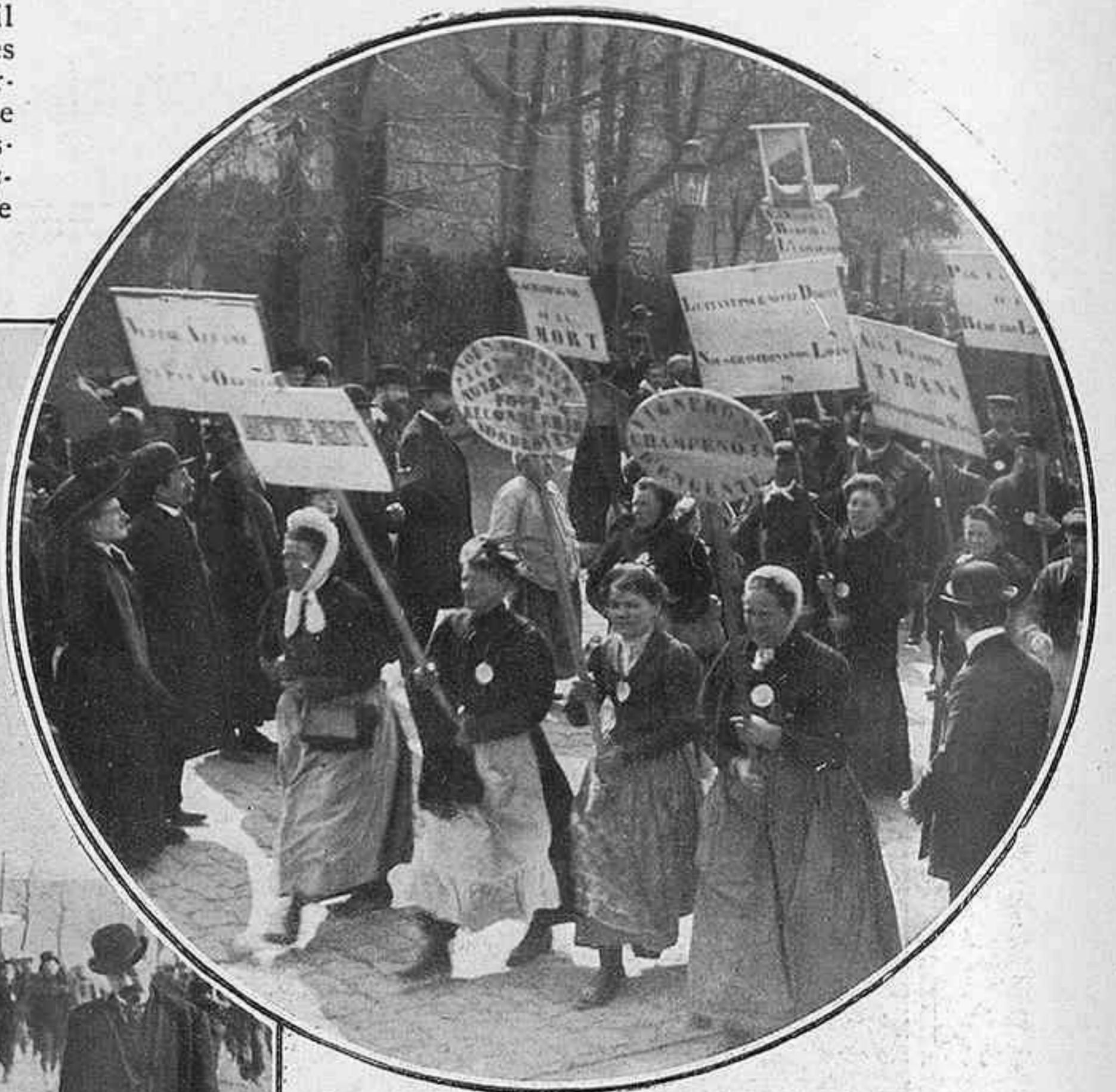
Una parte de los manifestantes se dirigió á la prefectura, poniendo en la verja del edificio algunas banderas encarnadas y haciendo necesaria la intervención de la policía, de los gendarmes y de la tropa, que al fin lograron disolver la manifestación.

La intranquilidad en aquellas regiones es grande y el conflicto se presenta grave para el gobierno, dado el antagonismo entre los intereses del Aube y del Marne.

Según las últimas noticias, en Dizy, en Damery, en Ay y en otras localidades próximas á los grandes centros de producción del champaña, Epernay y Reims, ha habido gravísimos desórdenes al tenerse noticia de que en el Senado se había aprobado una proposición excitando al gobierno á suprimir las delimitaciones. Los viñadores del campo han entrado tumultuosamente en aquellas poblaciones, han saqueado varios almacenes de algunos negociantes y exportadores á quienes se considera como traidores á la causa del Marne, rompiendo centenares de miles de botellas de champaña y desfondando toneles, y han levantado barricadas y opuesto resistencia á las fuerzas del ejército enviadas para sofocar el movimiento.

EL CONDE DE TEJADA VALDOSERA

D. Manuel Aguirre de Tejada O'Neale y Eulate nació en El Ferrol en 1827, de ilustre familia de aquella región. Apenas recibido de abogado en la Universidad Central, entró por oposición en el Consejo Real (hoy de Estado), en el



Grupo de mujeres que figuró en la manifestación. (Fotografías Branger.)

que llegó á desempeñar el cargo de oficial mayor. En 1854 pasó á la isla de Cuba, formando parte del grupo de jóvenes funcionarios civiles que llevó consigo el señor marqués de la Habana, y de regreso á la Península fué elegido diputado por su ciudad natal en 1858, y como afiliado al partido de la Unión liberal, figuró en las siguientes Cortes, hasta las de 1866.

Protestó contra la revolución de 1868, figurando desde entonces en la política conservadora, y á raíz de la Restauración formó parte de la Comisión de notables que redactó la Constitución de 1876. Fué elegido luego senador por La Coruña, y nombrado senador vitalicio en 1877. En 1904 fué declarado senador por derecho propio.

En 1875 fué agraciado por el rey D. Alfonso XII con el título de conde de Tejada de Valdosa.

Al formar el Sr. Cánovas del Castillo el Gobierno que reemplazó en enero de 1884 al presidido por el Sr. Posada Herrera, fué nombrado ministro de Ultramar. De nuevo fué ministro



Excmo. Sr. D. Manuel Aguirre de Tejada, conde de Tejada Valdosa, exministro de Ultramar y de Gracia y Justicia y expresidente del Senado, fallecido en Madrid el día 9 de los corrientes. (De fotografía de M. Asenjo.)

la cuestión al Consejo de Estado y luego aplazando la discusión para después de aprobados los presupuestos. Con ello excítase la impaciencia de los interesados, los cuales han dado muestras de ella en grandiosas manifestaciones como la de Troyes y en violentos disturbios como los ocurridos últimamente en las comarcas de Epernay y de Reims.

Porque hay que tener en cuenta que los viticultores de estas últimas y en general los del Marne, que es la zona que resulta privilegiada por el mencionado decreto, se oponen con todas sus energías á que se modifique el actual estado de cosas.



Barcelona.—El teniente general D. Eduardo Vázquez (x), nuevo ministro plenipotenciario del Uruguay en España, y su esposa, en el Hotel Colón. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

de 1895 á 97, confiándosele la cartera de Gracia y Justicia. Recientemente mereció de S. M. el ser agraciado con el Toisón de Oro, también poseía la gran cruz de Carlos III, la de la Orden Piana y la de la Concepción de Villaviciosa, de Portugal.

EL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL URUGUAYO D. EDUARDO VÁZQUEZ

El día 11 de los corrientes llegó á esta ciudad, á bordo del *Príncipe Umberto*, el nuevo ministro plenipotenciario de la República Oriental del Uruguay en España, el Excmo. Sr. teniente general D. Eduardo Vázquez, á quien recibieron el jefe superior de policía Sr. Millán Astray, en representación del gobernador civil, el Sr. Vehils, en la de la Casa de América, y una numerosa representación de la colonia americana.

El general Vázquez ha desempeñado elevados cargos en su país, entre ellos el de ministro de Guerra y Marina durante la presidencia del doctor Williman.

El ilustre diplomático ha venido acompañado de su esposa y de su hija, y en los días que ha permanecido en nuestra ciudad ha sido obsequiado con varios agasajos, en los que han tomado parte las principales entidades barcelonesas.

EL PROCESO LARCIER

NOVELA ORIGINAL DE TRISTÁN BERNARD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONINUACIÓN)

No vivieron juntos más que ocho meses; el pobre murió de una congestión pulmonar. A su muerte, Blanca lloró fácilmente. En torno de ella, considera-

Al acostarme, volví á pensar en Larcier y en la pista que yo estaba siguiendo. Parecióme que había salido yo demasiado pronto de Toul; hubiera debido

del crimen era la que yo me había imaginado: una disputa, un arrebató de cólera, un accidente, el alojamiento, el temor de ser tenido por culpable... Sin



El cochero me dió las señas personales de Marteau

ron aquella desgracia como injusta. Cherón era un excelente joven cuyos méritos todo el mundo se apresuró á recordar. Su memoria fué anotada con toda clase de elogios, y luego archivada.

Con todo, no le perdonaron que no hubiese dejado una herencia tan clara como al principio habían creído; el hombre había comprado, poco antes de morir, ciertos valores cuya realización sería bastante lenta. Había hecho un testamento, en parte, en favor de su mujer. Le quedaban á la viuda algunos miles de francos de renta, pero la liquidación la obligaba á permanecer aún con la familia de su marido. Bien que ella no tenía la menor veleidad de independencia; estaba dispuesta á pasar allí su vida entera, si nadie venía á sacarla. Según decía ella misma no era de carácter contradictorio. Se enfababa á veces, pero los enfados le duraban poco.

Había perdido á sus padres siendo aún muy joven, y fué educada por una de sus tías que la quería mucho y la mimaba extraordinariamente. No aprendió gran cosa en la escuela, pero leyó mucho; así es que sabía cosas á tontas y á locas, pero le faltaban los conocimientos esenciales. Repetía á menudo que era muy ignorante; pero no había que darle razón en demasía, pues tenía en el fondo mucho amor propio cuando se hablaba de sus facultades intelectuales. Era en suma una bonita inteligencia de mujer. No inventaba nada, pero lo comprendía todo.

Hablábamos en voz baja, de regreso al hotel. Ella se apoyaba en mi brazo, y yo sentía mucha ternura por ella... Por afecto, hubiera yo querido poner tiernamente mis labios sobre su sien, aplastando sus finos cabellos rubios...

hacer una visita al juez de instrucción; ciertos puntos debían ser elucidados. Decididamente yo era un mal *detective*, pues si bien me detenía cuidadosamente en presencia de todos los detalles, omitía las circunstancias esenciales que necesitaba conocer para mi investigación. ¡Es que me seducía sobre todo lo ingenioso, cómo si la verdad fuera ingeniosa siempre! Prescindía de las gruesas y fuertes huellas impresas en la arena para examinar con mirada escudriñadora y maliciosa ligeras rozaduras que indicaban, en contra de la opinión corriente, la dirección que, á mi ver, había tomado el criminal.

Estaba á punto de ir á Toul y volver la misma mañana, cuando di un vistazo á un periódico, y vi que daba detalles sobre lo de Larcier.

La caja de caudales y los muebles del viejo Bonnel habían sido abiertos, pero probablemente el asesino sólo había encontrado títulos nominales. Había debido llevárselos á granel, pues los muebles estaban vacíos. Habían sido abiertos sin fractura, con el manejo de llaves que se encontraba probablemente en el bolsillo del muerto.

El infeliz Bonnel debió ser asesinado en el momento de abrir su caja, de modo que el asesino no tuvo necesidad de buscar el secreto de la cerradura.

Esta era la hipótesis del redactor del periódico ó la del juez de instrucción; la mía era muy diferente, y me reservaba llamar sobre aquel punto, en el momento oportuno, la atención de la justicia.

Yo sabía que Larcier había ido á reclamar sus cuentas de tutoría. El viejo Bonnel le debía pues dinero. En tales condiciones, no es muy probable que hubiese querido robar al viejo, y la verdadera causa

embargo, la circunstancia de haberse encontrado la caja y los armarios vacíos embarazaba un poco mis suposiciones. ¿Por qué Larcier había hecho desaparecer aquellos papeles?.. También era posible que el tío Bonnel no tuviese papeles en su casa. La averiguación de los bancos con los cuales estaba él en relación, daría quizá resultados... Pero, por el momento, nadie pensaba en hacer tal averiguación. Para el juez de instrucción, el asesino se había llevado los papeles y era inútil meterse en averiguaciones.

En el fondo, lo más sencillo, para mí, era buscar á Larcier, puesto que me encontraba sobre la pista, sin ocuparme de la instrucción judicial.

Fuíme temprano á la estación de Bar-le-Duc, y encontré, al fin, á la taquillera, á quien pregunté si alguien le había entregado una moneda de cuarenta francos. Su contestación fué negativa. Le pregunté, además, si había visto, el día antes, á su ventanilla, un hombre alto, con un sombrero hongo y un sobre todo obscuro, que se tapaba la cara con su pañuelo, como quien está muy constipado.

—¡Oh, sabe usted, contestó ella; pasa tanta gente! Podría decir á usted que me acuerdo, pero no me acuerdo. Quizá á fuerza de que usted me lo preguntase, yo acabaría por imaginarme que lo vi, pero, sinceramente, no puedo decir que me acuerde.

Volví al hotel, donde Blanca me aguardaba, y tuve que confesar que los indicios de que disponía para perseguir á Larcier eran escasos.

Yo estaba en la creencia de que mi amigo había marchado á París... Pero una vez en París, ¿adónde dirigir mis pesquisas? ¿Pero qué hacer? Allí veríamos... El caso es que resolvimos ir á París.

—¿Qué opina usted?, había preguntado yo a Blanca.
—En París debe estar, ¿verdad?
—Sí. Antes de pedir un billete para Bar-le-Duc, en la pequeña estación en que cambió los cien francos, había pedido un billete para París y cambió de idea. Se encuentra seguramente en París, ó, á lo menos, ha debido pasar por allí. Vamos á París...

Pensábamos, cada uno por su lado: «¡Qué importa!, puesto que vamos juntos...» Pero ninguno de nosotros se atrevía á pronunciar esta frase, y apenas la formulábamos para nuestros adentros.

V

Sin embargo, antes de salir de Bar-le-Duc, me parecía que era necesario agotar absolutamente todos los medios de encontrar de nuevo las huellas de Larcier. No teníamos más indicios que su señalamiento y aquella moneda de cuarenta francos que le había dado, con el cambio, la taquillera de la pequeña estación. Aquella moneda de cuarenta francos me parecía el objeto raro y anormal que el destino ingenioso había elegido para ponerme especialmente sobre la pista del culpable. Por esto basé sobre ella mis investigaciones. Volví á interrogar al fondista de la estación, al amo y á los mozos de la posada de enfrente, á fin de averiguar si, esperando su tren, Larcier se había detenido allí y había cambiado aquel doble luis acusador.

Pero no recogí ningún indicio, y hubo necesidad de abandonar aquella pista. Tomamos el tren de París, entregándonos al azar.

Yo decía de vez en cuando á Blanca: «Procedamos con método, y con paciencia.» Reflexionábamos durante algunos minutos, mejor dicho, creíamos reflexionar, y pensábamos... Y nuestro pensamiento tomaba otro rumbo. Ni uno ni otro éramos capaces de un esfuerzo serio; ella, porque aquello la aburría; yo, porque no tenía confianza en mí. Las complicaciones de la vida me asustaban, y mi impresión era que nunca llegaría á poner en claro aquel misterio.

Mientras nuestras investigaciones parecieron seguir una ruta más ó menos segura, Blanca y yo no estábamos cohibidos; pero ahora nos parecía que el pretexto que nos reunía desaparecía un poco, pues realmente teníamos pocas esperanzas de encontrar en París las huellas de Larcier.

Apelando á mis recuerdos, trataba yo de reconstituir ciertas conversaciones que había tenido con mi amigo. ¿No me había hablado de un hotel en que solía hospedarse cada vez que iba á París?.. Pero era poco verosímil que se le hubiera ocurrido ir á aquel mismo hotel, donde debía ser conocido; sin embargo, no había que apartar en seguida aquella indicación.

Salimos muy temprano para París. Ibamos en segunda. Blanca me lo había aconsejado. Quería á toda costa contribuir por su parte á los gastos del viaje. Yo me oponía. Pero, ante su insistencia, tuve que aceptar su contribución, porque, en suma, no «vivíamos juntos.» Viajábamos simplemente de común acuerdo, como dos camaradas, y ningún lazo sentimental me autorizaba á correr con el gasto de su manutención y viajes.

—Pero, le dije, habrá usted traído poco dinero...

Es curioso cómo el azar de una conversación puede hacernos dar de pronto en lo que buscamos; aquella simple pregunta puso en movimiento algunos recuerdos que habían de sernos preciosos para la busca de Larcier.

Es como cuando después de haber buscado durante mucho tiempo un objeto perdido, se da con él por casualidad, buscando otra cosa.

A mi pregunta, Blanca contestó:

—No llevo dinero, pero puedo tenerlo en París.

De pronto, se dió un golpe en la frente...

—Pero ahora me acuerdo... Tengo tres mil quinientos francos á cobrar en París, en casa de un hombre de negocios. Yo había dado á Larcier una autorización para hacer efectiva esta cantidad y traérmela. Ya sabe usted que él quería ir á pasar unos días en París. Sería curioso que hubiese ido á casa de ese hombre de negocios en busca del dinero. Bien sé que no era suyo; pero si se ha alocado por la persecución de la justicia, le excuso perfectamente, y hasta lo apruebo. Ha hecho bien en procurarse dinero donde ha podido. Sabía que yo no le desaprobaba.

Llegamos á París, después de haber almorzado en el tren con el contenido de una cestita. Serían las dos cuando nos apeamos en la estación del Este.

Cogí á Blanca del brazo. Yo experimentaba una viva satisfacción de pasearme con ella por aquellas calles en que me había educado, en torno de la estación del Este, por las calles de Chabrol y de Hauteville, por todo aquel barrio limpio y algo severo, animado por el comercio y por la subida de los viajeros hacia las estaciones del Este y del Norte.

Ahora mi familia se había retirado al campo, en la Borgoña. No tenía yo en París más que algunos primos que no deseaba ver.

Estaba resuelto á llevar con Blanca una vida de viajero forastero, muy libre y muy ancha.

Nos hospedamos en un hotel de la calle Vivienne donde yo había ido varias veces. Blanca tenía su cuarto en el primer piso. Quisieron darme uno próximo al suyo, pero yo no quise y tomé otro en el piso segundo... Ya había entre nosotros demasiada intimidad...

Pero habíamos adquirido la costumbre de pasearnos de bracete, como buenos camaradas.

Habíamos ido al hotel á pie, después de haber confiado nuestras maletas á un mozo de cordel que se hallaba delante de la estación con un carretón de mano.

Después de haber ajustado nuestros dos cuartos, fuimos al bulevar á sentarnos en la terraza de un café... Tomamos helados, y allí nos encontrábamos, delante de nuestros refrescos, entregados á la alegría casi inconsciente de estar juntos, cuando Blanca me dijo:

—Quizá debiéramos ir á casa de ese hombre de negocios. Si Larcier ha ido en busca del dinero, nos pondremos sobre su pista; si no ha ido, cobraré yo misma esa cantidad que en este momento me será muy útil.

Tratábase de encontrar el nombre del agente de negocios. Era algo como «Morilleau,» pero Blanca no estaba segura... Vivía en la calle de la Victoria; ella se acordó del número; estábamos cerca.

Fuimos allí, paseándonos.

El Sr. Morilleau se llamaba Moriceau. Vivía en un cuarto interior del entresuelo, compuesto de varias piezas oscuras, atestadas de legajos. Nos recibió él mismo. Era un hombrecito regordete y reluciente, vestido con cierto esmero, pero con más refinamiento en el corte de su ropa que en su aseo. Llevaba el cuello envuelto en una abundante corbata negra. Un fino polvo blanco cubría su cuello y sus hombros. Una doble cadena se curvaba en acento circunflejo sobre su chaleco *confortablemente* abultado.

Blanca Cherón le explicó el objeto de su visita, y, desde las primeras palabras, el Sr. Moriceau levantó las cejas con asombro. El dinero ya no se encontraba en su casa; habían ido á buscarlo de parte de Larcier. Explicó que, días antes—nos dijo la fecha, y reconocimos que era un día después del crimen,—recibió la visita, no del mismo Larcier, sino de un individuo enviado por él y que era portador de una autorización en regla.

—Ese Sr. Marteau, dijo el Sr. Moriceau consultando un legajo, me exhibió esta autorización, juntamente con la que usted, señora, había entregado á Larcier, y le entregué los tres mil quinientos francos que tenía en caja.

El Sr. Moriceau, con toda evidencia, no estaba al corriente del crimen de Toul; quizá había leído en los periódicos un relato de este suceso, pero sin fijarse en el nombre de Larcier, y no había sospechado que entregó dinero á un asesino...

Supliqué que me dejase ver otra vez los documentos que acababa de guardar. Examiné en uno de ellos la firma de Larcier, y vi que estaba bien formada sin acusar temblor alguno.

Nos despedimos del Sr. Moriceau, excusándonos, y anduvimos por las calles, algo al azar, pensando en lo que acabábamos de saber.

Después de todo, sabíamos algo nuevo: Larcier había pasado seguramente por París. Se había servido de un tal Marteau á quien quizá se podría encontrar. ¿Pero en qué hotel se había hospedado Larcier? Por distracción no se me había ocurrido preguntar al Sr. Moriceau si por casualidad lo sabía.

Rogué, pues, á Blanca que me aguardase, y volví á casa del agente de negocios. Lo encontré con el sombrero puesto, que iba á salir.

Llevaba un sombrero de copa muy reluciente y guantes blancos aún presentables.

En el momento en que Marteau se había presentado á cobrar el dinero de parte de Larcier, Moriceau había caído en la cuenta de que no tenía en casa tan considerable suma, y propuso á Marteau enviársela al hotel.

Marteau estuvo vacilando. Dijo que Larcier iba á salir en seguida de París... Luego, ante la insistencia de Moriceau, acabó por indicar el hotel. Era el Savarín, calle de Saint-Denis. Hora y media después de esta conversación, Moriceau envió, por su criada, dicha suma al hotel, donde esta criada encontró á Marteau que le dió un recibo.

Pedí al Sr. Moriceau las señas personales de Marteau. Era un hombre de edad, verdadero tipo de esos viejos agentes de negocios, acostumbrados á los sofiones, que se encargan del cobro de créditos. Mori-

ceau no le conocía, pero fácilmente se daría con él.

Provisto de todos estos informes, volví al lado de Blanca y nos dijimos con cierta satisfacción que estábamos sobre una pista. Nos alegrábamos de acercarnos á la verdad y quizá de haber encontrado al fin un buen pretexto de estar juntos en París.

Fuimos en seguida al hotel Savarín. Es un pequeño hotel, de fachada estrecha, como hay tantos en las calles del centro. El despacho, en comunicación con un saloncito, se hallaba en la planta baja, á la izquierda del pasillo de entrada.

Se me había ocurrido tomar un cuarto en el hotel, para instalarme allí. De este modo me era más fácil hablar con las personas de la casa que si me hubiese presentado como investigador.

Tomé, pues, un cuarto del segundo piso. Blanca me acompañaba. Convinimos en que ella volvería al hotel de la calle de Vivienne, que era muy decente y donde estaba en seguridad. Yo dormiría, si era preciso, en el hotel Savarín.

Sentéme en el saloncito del hotel, y tomé la actitud de un hombre rendido de cansancio, á fin de tener un pretexto para estar allí un rato y entablar conversación con un viejo de barba blanca, ligeramente paralítico, que era el padre de la dueña del hotel.

Blanca estaba sentada á mi lado; y, á fin de no picar á aquel hombre de enmarañadas cejas, escuchamos con paciencia su conversación. Parecía muy preocupado de las obras públicas que se verificaban en la esquina de su calle. Dijo que ello era malsano, porque hacía surgir del suelo toda clase de fiebres. Era, en suma, un viejo agresivo, que parecía ser de la oposición, pero desde que, por complacencia, parecía uno abundar en sus ideas, esto bastaba para que el hombre se volviese gubernamental. De este modo cambiamos algunas palabras sobre la política, y luego pregunté inocentemente:

—Han debido ustedes tener en el hotel un señor llamado Marteau...

—Sí, hace dos ó tres días. Estuvo poco tiempo; llegó por la noche y, á la mañana siguiente, después que le hubieron traído dinero, marchó... ¿Adónde marchó?..

Se lo preguntaba á sí mismo, ahorrándome así el trabajo de hacerle la pregunta. Precisamente, un mozo larguilucho, de mirada fúnebre, acertó á pasar en aquel momento por el pasillo. El viejo le llamó:

—¡Adolfo! ¿Adónde marchó ese Sr. Marteau que estuvo aquí hace dos ó tres días, lo sabe usted?

—Cuando hizo llevar su equipaje al tren, dijo: «¡A la estación de Lyon!» contestó Adolfo, pero cambió de dirección al doblar la esquina, y dijo al cochero: «¡A la estación del Norte!» Lo sé porque precisamente el cochero es amigo mío. Es el marido de la frutera de la calle de Petits-Champs. Ese Sr. Marteau, como usted dice, pidió un coche, y yo, como es natural, fui á buscar á mi amigo que se encontraba con su coche delante de la tienda de su mujer.

Cuando hablaba, Adolfo parecía mucho menos lúgubre. Yo le encargué que me buscara el mismo cochero, y él, sin contestar, partió bruscamente. Nosotros comprendimos que iba á buscarlo al sitio de costumbre.

Si Marteau quería ocultar sus huellas, había cometido seguramente una falta enviando un mozo de la fonda á buscar un coche. Sucede con frecuencia, en efecto, que los mozos van á buscar, de preferencia, á amigos suyos, tanto en el punto de estación como delante de las tabernas.

Un minuto después, vimos aparecer un hombre grueso, con sombrero de cuero hervido y americana de paño azul. Era el marido de la frutera, que debía pasar gran parte de su existencia á la puerta de la tienda, donde permanecía estacionado durante largas horas. Como no llevaba taxímetro, ni letrero alguno indicando que el coche estaba disponible, la gente le creía tomado por algún cliente. Pero no corría tras del trabajo. Probablemente se había hecho cochero porque hay que tener un oficio y éste le parecía honroso.

Nos refirió con mucha amabilidad que había conducido á Marteau á la estación del Norte, á la línea grande. No sabía exactamente para qué destino, pero quizá, volviendo á la estación, se podría encontrar al mozo que llevó la maleta del viajero, por cierto muy pesada, desde el coche al andén, y saber así en qué tren la metió.

El cochero me dió las señas personales de Marteau: era un hombre de bastante edad, alto y flaco. Estas señas no concordaban con las de Larcier, que también era alto y delgado, pero me pareció poco probable que se hubiese disfrazado y pintado de viejo para escapar á las pesquisas de la policía.

No creo que haya mucha gente que se disfrace de ese modo; para desfigurar y poderse pasear en pleno

día con la cara pintada, se necesita una experiencia de que seguramente carecía Larcier. Marteau era de seguro un enviado de Larcier. Era muy posible que Larcier hubiese pasado ya al extranjero, á Londres, por ejemplo, y que Marteau, encontrado en París y encargado del cobro en casa de Moriceau, hubiese ido luego á encontrarlo en Londres.

¿Cómo, cuándo, dónde había conocido Larcier á ese Marteau? Nunca me había hablado de él; pero era muy posible que mi amigo hubiese conocido en París personas de quienes nunca me habló. Nuestra amistad, después de todo, sólo databa de mi entrada en el regimiento. Los hombres más confiados, que nada ocultan á un amigo, no le hablan, sin embargo, de ciertos conocimientos sino cuando la ocasión se presenta.

Llegamos á la estación del Norte, y, dirigido por el cochero, que estaba contentísimo de tomar parte en una averiguación, interrogamos á varios mozos.

El primero, un hombrecito de bigote negro, en quien el cochero reconoció con seguridad al que se había encargado de la maleta, no recordaba nada. Se le preguntó con insistencia y acabó por acordarse de un punto preciso: que el día en que Marteau había tomado el tren, él no estaba de servicio y no había venido á la estación. Este testimonio, que contradecía su declaración, no desanimó al cochero, pues nos designó, con mayor seguridad todavía á un hombre rubio, de pelo ensortijado y de aire soñoliento, que permanecía, con los brazos caídos, junto á la taquilla de equipajes.

Este hombre me miró con aire atontado, limitándose á repetir lentamente las preguntas que yo le dirigía, mientras que otro mozo, que se había acercado á escuchar nuestra conversación y que había escapado á la atención vigilante del cochero, se acordó bruscamente del viajero, y describió con mucha exactitud la maleta muy pesada, al parecer cargada de papeles, que él mismo había llevado al tren de Boloña de las diez de la mañana.

Esta declaración, aunque no provocada por él, dió al cochero un aire de triunfo, y observé que miraba con desprecio al rubio que no se acordaba de nada, sin tener en cuenta que, no habiendo intervenido en el asunto, nada tenía de extraño que no se acordase.

Mientras tanto, yo había ido al despacho de billetes de Londres, á modo de confirmación. Pregunté á la expendedora si recordaba haber despachado un billete de segunda, el día que yo le indiqué, á un viejo alto, cuyas señas le di. También le pregunté, acordándome del incidente de la pequeña estación vecina de Toul, si había recibido, en pago, una moneda de cuarenta francos. Yo pensaba que Larcier la había hecho pasar quizá á manos de Marteau. Pero la expendedora no se acordaba de nada.

Pero los informes que ésta hubiese podido darme no hubieran hecho más que corroborar las indicaciones mucho más precisas que yo había recibido del mozo de la estación.

Blanca, durante toda esta investigación, había permanecido en el coche. Fuí á encontrarla y le comuniqué el resultado de mis nuevas pesquisas. En el acto resolvimos ir á Londres. Esta empresa no dejaba de ser un poco difícil, á causa, sobre todo, de que ella y yo apenas hablábamos el inglés. Además, los indicios que teníamos para dar con Marteau eran sumamente escasos.

En aquel momento sentí la necesidad de llamar á alguien en mi auxilio, y, aunque sólo tenía una confianza muy moderada en la habilidad infalible de los *detectives*, resolví, no obstante, apelar á las luces y á la experiencia de un profesional que supiese hablar el inglés.

Conocía en el ministerio del Interior á uno de mis camaradas de colegio que estaba en relaciones con la Seguridad, y podía procurarse la dirección de uno de esos agentes disponibles, que trabajan por cuenta de particulares. Pedí igualmente una recomendación para el ministerio de la Guerra, porque era preciso hacer prorrogar mi licencia... Al mismo tiempo, y para hacer frente á los nuevos gastos que nuestra expedición iba á ocasionar, escribí al notario de Chalón-sur-Saône, en casa de quien yo tenía algunos títulos en depósito, suplicándole que me enviase dinero á Londres.

Aun me acuerdo de la carta loca que recibí algunos días después juntamente con los dos mil francos pedidos.

El bueno del notario nunca había comprendido por qué yo, un sargento, había podido ir á Londres. No se atrevía á formular las hipótesis que había hecho, y comprendí que tuvo miedo de verme desertar, pues así se desprendía de su manera de insistir, sin motivo, para que mi viaje al extranjero no durase demasiado.

Blanca y yo habíamos pasado la velada en el tea-

tro, y yo la había acompañado luego á su hotel de la calle de Vivienne. Yo fuí al hotel Savarin donde esperaba recoger otros indicios sobre la estancia de Marteau en él.

Hasta la mañana siguiente, á las diez, no hice mi visita á mi amigo del ministerio del Interior.

Este ocupóse con tal celo y actividad en lo que yo le había pedido que después de almorzar se presentó en el hotel de la calle de Vivienne un antiguo agente de la Seguridad.

Se llamaba Galoín. Lo examiné como se examina á un médico á quien no se conoce, con la ávida premura de tener una impresión de confianza ó de desconfianza.

Antes de verlo, había pensado yo mucho en él, procurando figurarme cómo sería. Temía ver llegar un polizonte pequeño, flaco y pretencioso, de esos que obedecen á métodos como á consignas. Y sin embargo, esos son quizá los más preciosos. Yo hacía mal en no tener confianza en esa categoría de buenos empleados, que explican meticulosamente un sistema creado por generaciones de policías cuya experiencia combinada es más rica y más poderosa que la iniciativa inteligente y hasta llena de invención de un solo hombre.

En otros momentos, me decía que esos empleados á menudo deben carecer de inteligencia, hasta para aplicar un sistema. Su recluta ofrece tantas menos garantías cuanto que su profesión está bastante desacreditada, y que no hay, para llegar á ser inspector de la Seguridad, un concurso abierto entre todos los individuos inteligentes de todas las clases sociales. La selección se opera en un campo muy limitado. Estuve muy satisfecho de la primera impresión que me hizo M. Galoín.

Era un hombre de treinta y cinco años, moreno, con toda la barba y el cabello alisado sobre la frente.

Yo me dejo guiar bastante en mis impresiones sobre las gentes por su corte de barba y cabello. Encuentro en esto indicaciones análogas á las que proporciona la grofología, con la diferencia de que mis observaciones, en este caso, son, por decirlo así, maquinales. Desconfío instintivamente de los hombres peinados con demasiado esmero, con la raya demasiado meticulosa, con los bucles ondulados con demasiada exactitud. Me parecen absorbidos por preocupaciones algo pueriles.

Del mismo modo, prefiero la barba franca ó la cara afeitada, á las estudiadas combinaciones de patillas ó perillas.

La cara limpia y aseada de M. Galoín no tenía nada de pretencioso.

Al verme, díjome simplemente:

—Soy el inspector de la Seguridad que usted ha pedido.

No sacó autoritariamente una cartera del bolsillo para tomar notas; suplicóme simplemente que le refiriese cuanto sabía acerca del crimen de Toul y de la diligencia de Marteau.

Movía de vez en cuando la cabeza, no con la gravedad de un pontífice, sino con la satisfacción de un hombre que anota un detalle útil que podrá servirle para su investigación.

Creo que estaba encariñado con su oficio, pero sin afectación. Preguntóme si tenía intención de ir á Londres, diciéndome que no era necesario y que podía ahorrarme aquella molestia.

Pero, al ver que yo tenía empeño en ir, me dijo:

—Después de todo, prefiero que usted venga. No le he hecho á usted todas las preguntas á que puede contestar, y me alegro de tenerlo á mano para pedirle, si es preciso, detalles complementarios sobre Larcier y todo lo referente al asunto. No puede uno pensar de pronto en preguntar todo lo que es necesario saber. Eso se nos ocurre, naturalmente, poco á poco.

El Sr. Galoín no daba explicaciones para exponer las excelencias de su sistema. Lo decía por cortesía, con el objeto de no parecer reservado y misterioso, y tener al interlocutor al corriente del trabajo de su espíritu; además, y de esto me di cuenta en lo sucesivo, no lo decía absolutamente todo. Se reservaba muchas cosas. Explicóme más tarde por qué había hipótesis apenas formadas que se guardaba de emitir, por temor de que una señal de desaprobación ó de incredulidad en su interlocutor le estimulase falsamente á renunciar á una pista que, en suma, podía ser buena.

—Decimos cosas delante de alguno, me dijo, tenemos una idea, y la persona á quien hablamos no parece ser de nuestra opinión. No nos preguntamos si ha reflexionado antes de desaprobarnos; á pesar nuestro nos sentimos impresionados por su actitud y renunciamos á veces á nuestra idea. Esto es un mal.

Pregunté al Sr. Galoín cuándo partiríamos para Londres, pero le era imposible marcharse antes de las cuatro del día siguiente.

Le pregunté si no era imprudente dejar tomar á Marteau tanta delantera, pero me contestó que no le importaba, y esta seguridad me impuso tanta mayor confianza cuanto que él no acostumbraba afirmar así las cosas con tanta autoridad.

Hasta el día siguiente, á las cuatro, no tomamos juntos el tren de Boloña.

Blanca y yo estábamos muy contentos de viajar con un *detective*.

Ella le hizo preguntas sobre su vida con esa hermosa indiscreción de las mujeres que tan fácilmente se hace excusar.

M. Galoín nos contó buenamente que había sido ecónomo en un liceo y que tuvo allí ciertas historias... Una cantidad que distrajo de la caja y que no pudo restituir á tiempo. La cosa se había arreglado, gracias á eficaces protecciones. Perdió su plaza de ecónomo, y pudo obtener, merced al apoyo con que contaba, que le emplearan de vez en cuando en la Seguridad general, que le confiaba misiones retribuidas.

Hacía cuatro años que ejercía aquel oficio y había prestado ya algunos servicios muy importantes, descubriendo sobre todo una cuadrilla de falsificadores, y aportando un poco de claridad en la contabilidad muy embrollada de una gran sociedad financiera.

Preguntéle si en la Seguridad había realmente *detectives* extraordinarios.

Él me contestó que había allí hombres inteligentes, con frecuencia algo infatuados, que no tenían sin duda todas las cualidades de ingeniosidad que se atribuyen á sí mismos, pero que poseían, sin embargo, una aptitud notable para hacer «hablar» á la gente.

—Es lo que me faltó sobre todo al principio de mi nueva carrera, me dijo el Sr. Galoín. No me atrevía á hablar á las gentes; siempre temía ser indiscreto si adquierir la manera de hacer preguntas, que hace que las personas á quienes nos dirigimos se alegren de ser interrogadas. Esto se aprende por rutina, sin darse uno cuenta de ello.

Blanca se admiraba de que llevase toda la barba. Parecíale que así era menos fácil modificar el rostro.

—Raramente se me presenta la ocasión, le dijo Galoín. Hasta ahora no se me han confiado misiones en que me vea absolutamente obligado á disimular mi situación. Además, el pintarme no es mi especialidad; no sabría, se me conocería de seguro. Estoy acostumbrado á llevar la barba. Tengo una cara bastante normal, bastante vulgar, si se quiere; no tengo —á lo menos así lo creo— cara de polizonte.

No éramos más que tres en el departamento. El tren bajaba á toda máquina la pendiente de Chantilly. El Sr. Galoín había reemplazado su sombrero redondo por una gorra y se había instalado para leer su periódico en un ángulo del departamento. Blanca y yo, cada uno por nuestro lado, le examinábamos con curiosidad.

Blanca le preguntó á boca de jarro:

—¿Está usted casado, caballero?

Él suspendió la lectura, se sonrió un poco de la indiscreción de mi amiga y dijo luego:

—No, señora.

Blanca comprendió la significación de aquella sonrisa y se puso colorada, pero quiso disimularlo y repuso:

—Es mucho más cómodo el estar libre, para viajar así...

Y la conversación cayó.

Galoín reanudó su lectura, pero leía distraídamente, pues de pronto apartó el periódico y me hizo algunas preguntas sobre el asunto que nos ocupaba.

Pareció interesarle mucho el hecho de que no se había encontrado el cadáver. Me hizo numerosas preguntas sobre el uniforme de Larcier encontrado en el jardín. Luego volvió á su lectura.

—¿Por qué pregunta usted todo eso?, interrogó Blanca, cuya indiscreción era decididamente un poco embarazosa.

—Para saberlo, contestó simplemente Galoín, que volvió á sonreirse para atenuar la sequedad que su contestación pudiese tener.

—Yo me pregunto, le dije, por qué Larcier, que no sabía el inglés, ha ido más bien á Londres que á Bélgica. ¿No le parece á usted extraño?

—No, dijo Galoín. En este momento, no pienso en Larcier; pienso en encontrar á Marteau. No hay que hacer dos cosas á la vez.

—Dispense usted que le haga algunas preguntas.

—¡Diga usted!, ¡diga usted!, contestó él. Eso no me molesta en lo más mínimo. Mi profesión consiste en interrogar, y sería verdaderamente extraordinario que pusiese dificultades en contestar. No daría buen ejemplo.

(Se continuará.)

NOTAS DE ACTUALIDAD EXTRANJERAS. — MÓNACO. PARÍS

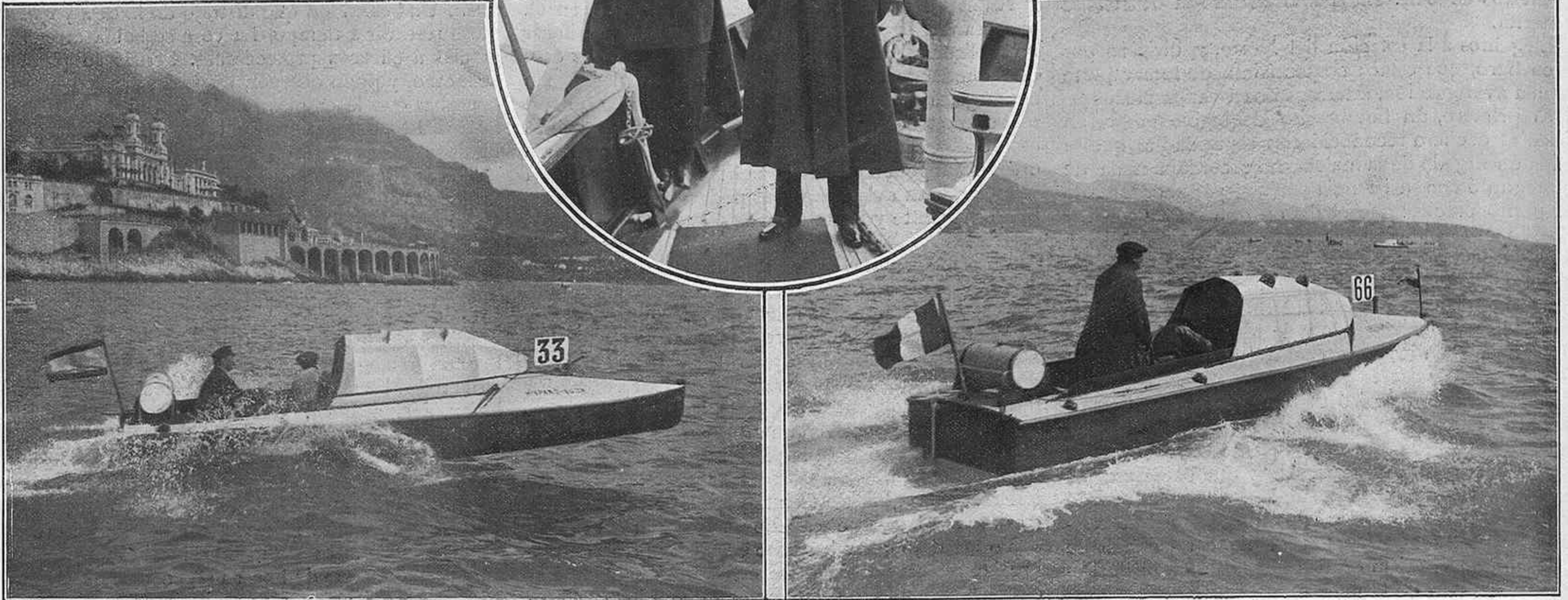
EL MITIN DE CANOAS AUTOMÓVILES DE MÓNACO

Con la animación y la brillantez acostumbradas, celébrase actualmente en Mónaco el octavo mitin de canoas automóviles, que comenzó el día 2 y terminará el día 17 de los corrientes. Comenzó por una exposición en la que se exhibieron más de cien embarcaciones y que fué solemnemente inaugurada, en ausencia del príncipe Alberto, por el ministro de Negocios Ex-



un simple 4 cilindros de 65 de *alesage* (el motor más pequeño entre los inscritos), que da más de 40 caballos, habrá que convenir en que ese motor es de una seguridad y de una robustez notables y se comprenderá que en el último Salón se haya llevado los sufragios de los inteligentes en mecánica.»

Por nuestra parte, damos la más entusiasta enhorabuena á la Hispano-Suiza, que tanto enaltece y honra á la industria barcelonesa.



El Sr. Briand presenciando las regatas de Mónaco en el yate «Gilda»

La canoa Hispano-Suiza que ha ganado el premio del International Sporting Club.—La canoa «Gregoire IX» que ha ganado el premio Omnium. (De fotografías de Rol.)

tranjeros del principado, M. Flach. Después comenzaron las varias carreras que constituyen el programa; entre las efectuadas hasta ahora han despertado especial interés las del premio del International Sporting Club, la Omnium y la del campeonato del mar. Esta última, para *cruisers* de toda clase, con un recorrido de 200 kilómetros, fué ganada por el *Lursen-Daimler*, propiedad del Sr. Lursen, motor Mercedes, casco Verseins, que hizo el recorrido en 4 horas, 45 minutos, 17 segundos. La Omnium ganóla el *Gregoire IX*, propiedad del Sr. Hinstins, motor Gregoire y casco Despujols, que en 18 minutos y 7 segundos hizo el recorrido de 12.500 metros. En segundo lugar llegó á la meta la *Hispano-Suiza*, que seguramente habría ganado el premio de no haber perdido unos minutos cambiando una pieza que se le rompió. Esta misma canoa *Hispano-Suiza* ganó el premio del International Sporting Club, y en una hora, 42 minutos y 19 segundos hizo el recorri-

do marcado de 50 kilómetros en ocho vueltas. Esta canoa lleva motor Hispano-Suiza y casco Despujols. Hablando de la victoria de la misma, dice el importante periódico deportivo parisiense *L'Auto*:

«En la primera serie de *cruisers* la *Hispano-Suiza*, dirigida por Despujols, su constructor, ha confirmado nuestros pronósticos de anteayer ganando brillantemente su serie. Esta canoa, de un tipo que Despujols ha sabido hacer tan popular, lleva el mismo motor que ganó la copa de las *voiturettes* en Boulogne, y del mismo modo que le habíamos visto funcionar sin pararse en el circuito buloñés, le hemos visto ahora evolucionar en plena carga, sin desfallecer, durante cincuenta kilómetros...»

»Los comienzos de la Hispano-Suiza en el agua son una victoria: felicitemos á los directores de la tan deportiva marca española. Y si se tiene en cuenta que el motor de la Hispano-Suiza es el mismo que triunfó en nuestra «Copa de las Voiturettes,»

Entre los personajes ilustres que actualmente se encuentran en Mónaco presenciando las regatas, está el expresidente del Consejo de Ministros de Francia Sr. Briand, quien, apenas soltó las riendas del go-



Una poetisa de 16 años.—La señorita Margarita Zoellner, hija del conocido compositor alemán, que ha escrito una comedia, *Jutta Sanden*, recientemente estrenada con gran éxito en Amberes. (Fotografía Delius.)

bierno, se embarcó en el yate *Gilda*, que puso á su disposición el doctor Chatin, para efectuar un crucero de algunas semanas por el Mediterráneo.

LOS EDILES BELGAS EN PARÍS

Los alcaldes de Bruselas, Amberes, Lieja y Gante, acompañados de ciento veinte concejales y consejeros municipales de aquellas ciudades, han hecho recientemente una visita á París, en donde han permanecido cuatro días, habiendo sido sumamente agasajados.

En honor suyo celebráronse una hermosa retreta de las antorchas, una función de gala en el teatro de la Opera y espléndidos banquetes en el Elíseo, en la Cámara de Comercio belga en París y en el Ayuntamiento. Además visitaron los edificios, monumentos é instituciones municipales más importantes de aquella capital y presenciaron las maniobras del cuerpo de bomberos.—R.



París.—Los ediles belgas presenciando las maniobras de los bomberos. (De fotografía de Rol.)

PARÍS.—VELADA ARTÍSTICA EN HONOR DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA



París.—Fiesta dada por el celebrado pintor español Juan Sala en honor del embajador de España Sr. Pérez Caballero (De fotografía de Enrique Manuel, comunicada por Argus Photo-Reportage.)

El celebrado pintor español Juan Sala, residente en París, ha dado recientemente una brillante recepción en honor del embajador de España en Francia Sr. Pérez Caballero. Entre las personalidades distinguidas que asistieron a la fiesta estaban los condes de Molina, el marqués de La Gándara, el marqués de La Torre, la baronesa de Heckeren, señores de Dourgnon y señora, de Blasco y señora, de Le Foyer y señora, Reynoso, La Huerta, Dóriga, Perinat, Heereu, Quiñones de León, del Río, Congosto, Granié, Bertulus, doctor Beau-delac, etc. Los invitados admiraron los hermosos cuadros que el Sr. Sala ha terminado con destino al próximo Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, especialmente uno de grandes dimensiones titulado *En tierra de gitanos* y otro que lleva por título *Flirteo andaluz*. El Sr. Pérez Caballero felicitó calurosamente al notable artista. En el programa de la velada figuraban varias piezas que cantó admirablemente la célebre cantatriz wagneriana Elisa Kutscherra, la cual había reservado una agradable sorpresa a su

Excelencia el embajador, cantando en castellano la canción de Leo Delibes *Las muchachas de Cádiz*. Gran éxito obtuvieron también las danzas gitanas que ejecutaron con sin igual donaire las bellísimas Lola *la Flamenca* y Lola *la Gaditana*, vestidas ambas con trajes tan propios como lujosos y elegantes. El *clou* de la velada fué *Ma Gosse*, composición de Esteban Martí, que interpretó maravillosamente la señorita Polaire, perfectamente secundada por Sylvestre y acompañada por el autor. Terminó la fiesta con el recitado de inspiradas poesías, que declamó de una manera magistral la señorita Renata Du Minil, actriz socia de la Comedia Francesa. Cuantos asistieron a la recepción salieron complacidos de ella y de las atenciones de los señores de Sala, que hicieron los honores de su casa con su galantería y esplendidez acostumbradas.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

RELACIONES DE ESPAÑA CON LAS REPÚBLICAS HISPANOAMERICANAS, por *Rafael M. de Labra*.—Se ha publicado la tercera edición de este libro, cuya mejor alabanza está en el nombre de su ilustre autor, tan competente en los asuntos que en aquél se tratan y á quien tanto se debe en el terreno de las fraternales relaciones entre nuestra patria y las naciones que forman la América española. Un tomo de 168 páginas impreso en Madrid, en la tipografía de Alfredo Alonso.

CEMENTO ARMADO. CÁLCULO RÁPIDO. DATOS PRÁCTICOS, por *Ricardo Seco de la Garza*.—Obra de gran utilidad para arquitectos é ingenieros, pues su autor más que un libro doctrinal ha hecho un libro práctico, reuniendo en él todos

los datos y detalles que más pueden servir al constructor y que han sido por él comprobados en sus trabajos. En ella se estudian las ventajas de las construcciones de cemento armado, las propiedades del hormigón armado, los principales elementos de construcción, el cálculo rápido de piezas de cemento armado, etc., etc. Un tomo de 128 páginas, con grabados y láminas, editado en Madrid por P. Orriar; precio, 3'50 pesetas.

LIMANTOUR, por *Carlos Diaz Dujoo*.—La biografía del eminente hacendista mexicano D. José Ives Limantour aparece admirablemente relatada en este libro, que no es una simple enumeración de hechos realizados, de puestos ocupados, de distinciones obtenidas por aquel ilustre hombre público, sino la historia de sus actos, la exposición imparcial y documentada del alto grado de prosperidad económica que México ha alcanzado gracias á su sabia gestión en el ministe-

rio de Hacienda. En esta obra se estudia también la personalidad del Sr. Limantour como pensador, hombre de letras y amante de las artes. Un tomo de 336 páginas editado en México por D. Eusebio Gómez de La Puenta; precio, tres pesos.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE VENEZUELA, por *Francisco González Guinán*.—Hemos recibido los tomos sexto y séptimo de esta importantísima obra, en la que nos hemos ocupado con el elogio que merece en anteriores ocasiones. Los dos volúmenes últimamente publicados, de 542 y 532 páginas respectivamente, tratan de los últimos gobiernos constitucionales (1856-1858) y de los gobiernos revolucionarios hasta 1862, siendo un estudio acabado, bajo todos conceptos, de tan interesantes períodos. Ambos tomos, ilustrados con numerosos grabados, han sido impresos en Caracas, en la tipografía de la empresa El Cojo.



CITRATO EFERVESCENTE
"KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA -Trafalgar 13 Barcelona



VINO Y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, asi como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el **Verdadero**. El más activo y económico. el unico Inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.



París. Concurso hípico.—Coach del barón de Orosdy d'Orod, enganchado con cuatro caballos, que obtuvo uno de los premios en la presentación de los caballos de tiro.

PARÍS. - CONCURSO HÍPICO

En el Gran Palacio de París se ha celebrado el concurso hípico que anualmente se efectúa en aquella capital y para el cual se habían inscrito más de cuatrocientos caballos. En el número total de éstos se ha notado este año, respecto del anterior, una disminución en los caballos de tiro, consecuencia del empleo cada día más generalizado del automóvil; en cambio, ha habido un aumento considerable en los caballos de silla.

La selección más rigurosa que nunca de los animales de una y otra categoría ha hecho que pudieran admirarse ejemplares verdaderamente notables y que las presentaciones, en los desfiles y en las pruebas, hayan sido más brillantes aún que en los concursos anteriores.

El concurso ha durado desde el 21 de marzo último hasta el 12 del actual y el programa ha comprendido presentaciones de caballos enganchados de diversas clases, solos, en tronco y en tiros de cuatro, cinco, seis y siete; presentaciones de caballos de silla, y distintas pruebas de obstáculos. En estas últimas se han disputado los siguientes premios: de las Damas, de la Haya, Jouselin, de la Preservadora, de la Previsión, de los regimientos, para oficiales de uniforme, campeonato anual del caballo de armas, premio de la Reunión hípico-militar, Copa del International Horse Show de Londres, premios de la Cir-



Presentación de un tiro de siete percherones. (De fotografías de Felipe Hutin)

de Alberto Lake, de Andrés Lazard, del conde Potocki, del conde Enrique de Yanville, de Felipe Boucard, de León Thome, de Walte Winans, etc., etc.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CABALLOS

Caballos de caza y de carrera ingleses é irlandeses, los mejores en su clase. Durante los últimos años han ganado 114 campeonatos, 890 primeros premios, 440 segundos y 190 terceros. Precios en concurso abierto. Dirijirse personalmente ó por escrito á J. H. Stoker, Kether House, Great Bowden, Market Harborough, Inglaterra.

(N.)

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN